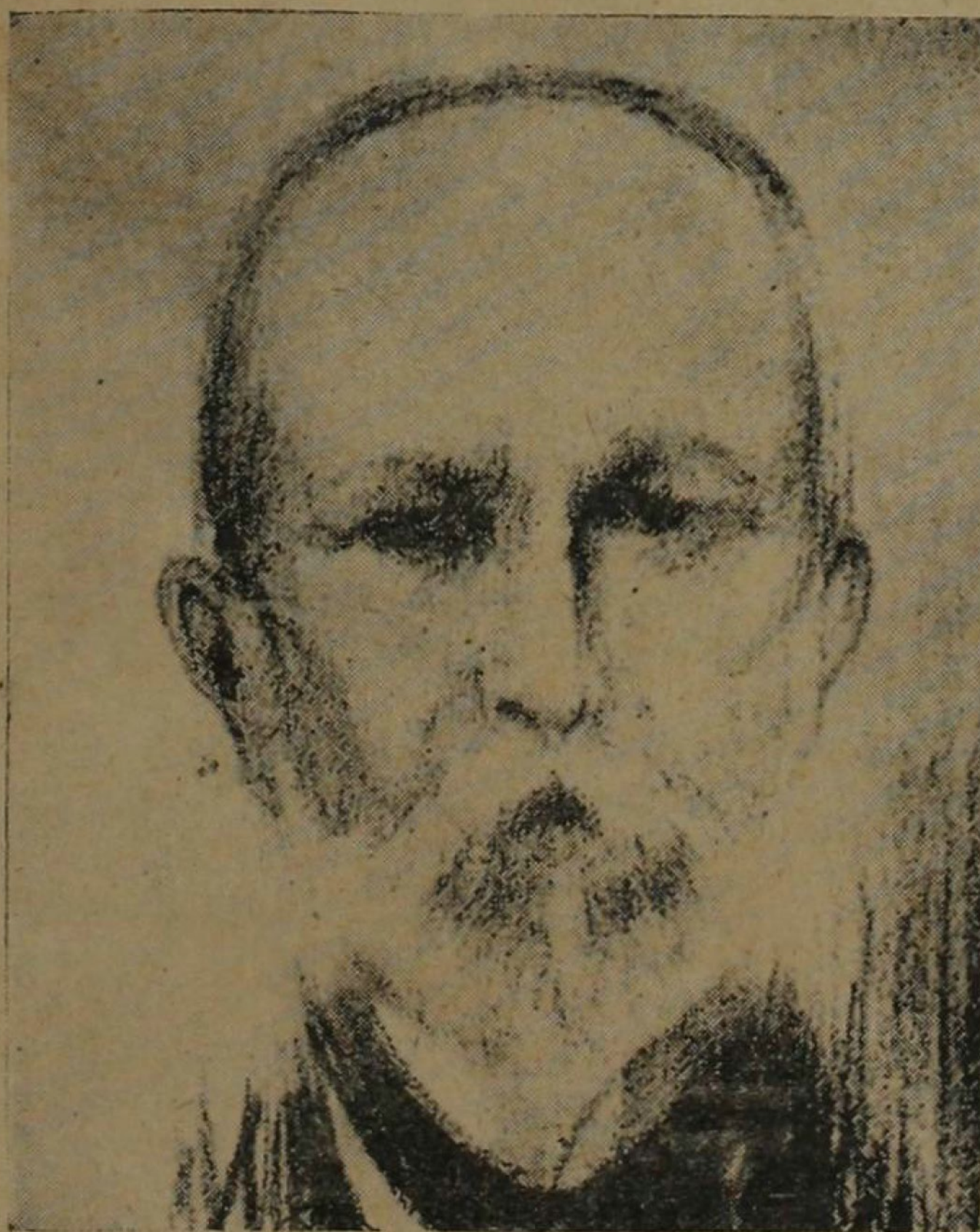


REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPÁNICA

DE FILOSOFÍA Y LETRAS, ARTES, CIENCIAS
Y EDUCACION, MISCELÁNEAS Y DOCUMENTOS

TOMO XXVI



Florentino Ameghino

Por Rodolfo Franco

EDITOR: J. GARCÍA MONGE
SAN JOSÉ DE COSTA RICA, C. A.

1933

Ameghino el Vidente

= Del precioso libro *Loores Platenses*. En el cincuentenario de la fundación de La Plata. Editorial CABAUT Y Cía. Buenos Aires, 1932 =

Ahora bien: hacia el año V, *urbis conditæ*, esto es nueve años antes de que apareciera en la ciudad aquel león del Señor que llevó por nombre Almafuerte, allegóse a La Plata un hombre que era verdaderamente un sabio. Apareció como uno de tantos viajeros, desaliñado el vestir, desbaratado el andar; como uno de tantos presurosos viajeros de los que venían para aposentarse en los términos de la ciudad nueva. Lo primero que vió la gente, y quizás lo único en el recién llegado, fué un rostro lleno de serenidad y armonía. Aquel hombre más bien menudo, ágil, ligero, de no cumplidos siete lustros, tenía el transparente aire de un niño, su propia risa, su misma felicidad. Era su vida sana, limpia. Su corazón, vaso de dulzura. Podía llamársele sin mentir, el infinitamente bueno.

Movedizo también como un niño, andaba todo el día, andaba sin cesar, desde la aurora hasta que cerraba la noche. ¿Cómo? La alegría va delante de sus pasos. Es para jurar que silfos del campo lo incitan a que juegue con ellos: los silfos del campo que han mirado sus ojos y han descubierto en su azul una claridad dichosísima. Es para jurar que tales seres del aire le dicen, le cantan: **Síguenos, séguenos...** Y que él se va con los elfos, para misterios de Dios.

Después vienen los tiempos de sus lejanas exploraciones; una y otra vez se pierde errante en la desolación patagónica. Se creería que ya no volverá jamás, que los genios del aire y los secretos oráculos de la tierra le han aparejado sobrehumanos embrujos. Son los tiempos de sus exploraciones hacia los siglos, hacia los milenarios que fueron. Si por el camino adelante avanza leguas, hacia lo hondo de los yacimientos desciende inmensas edades. Su ojo se vuelve adivino. Las piedras son testimonios para él, y cuando coge barro entre las manos, acontece que en ese barro empieza a palpar la vida. Un día encuentra en una cañada, vasos, cuernos, flechas, punzones. Se estremece de adivinación. ¡Oh, lo eterno! Nada menos que enormes épocas de prehistoria es lo que mueve entre las manos: animalidad, inconsciencia, primeras formas de la ley moral, fuerzas... Fuerzas ciegas y fuerzas de ojos abiertos; rastros de guerras, de cataclismos; alfarerías increíbles...

—¿De dónde vienes, Ameghino?

Conteste, si lo quiere:

—De atravesar los versículos del diluvio, desde aquel en que está escrito: "Toda carne había corrompido su camino sobre la tierra", hasta el que dice: "Aquel día fueron rompidas todas las fuentes del grande abismo y las ventanas de los cielos fueron abiertas".

—Y bien ¿qué viste en suma, Ameghino?

Responda si lo quiere:

—He visto el verdadero rostro de Noé.

Rehacía las aniquiladas formas. Reconstruía como en éxtasis las edades que un día fueron. Asceta de un nuevo tipo, pasábase las horas y las horas, connaturalizado con los elementos, sumergido en el agua de las cañadas. Podía rectificar, incluso desmentir, en queriéndolo, a más de un falso notario de la divinidad. Porque sabía más que otro alguno cómo habían sucedido las cosas y conocía como el que más, los registros cósmicos del hombre.

Es el genio de la verdad en marcha, el portador de esa antorcha, a cuya luz suele alegrarse más la inteligencia delante de un firmamento estrellado; luz de amor, coloreada de coraje y encendida de honradez, si capaz de yerro, incapaz de capciosidad ni de embuste.

Y allá va el Vidente. Ha ultrapasado hasta las últimas fronteras de los testimonios humanos, por unos arenales en que se acababan—yertas, yermas—todas las noticias de los libros. A las palabras sucedían los gestos que hacían

señas de no saber, o bien los manifiestos descaros de los embaucadores de la sombra. Siguió andando. Le ladraron los mastines del límite, y se oían de muy lejos los religiosos rugidos del león, cuyo nombre era Almafuerte.

Avanzó, peregrino de lo inaudito. El espíritu de la tierra y él, en aquel horizonte todo virgen, se encontraron frente a frente.

—¿Me esperabas?

—Sí.

Y en las supremas lejanías nunca de otro alcanzadas, aquel hombre que era el sabio por antonomasia, se puso a la faena de revolver una tierra todavía más vieja que la del Paraíso. Polvo de siglos, cenizas de eternidad, lodos primordiales. Entonces, a su conjuro, se levantaron colosales fantasmas, imponentes, monstruosos, de faunas y floras abolidas. A cada nueva hondura, se trocaban los telones del universo, giraban los ejes de la geografía. Todo esto al correr de inmensas calígines por un aire tórrido. Giraban los ejes de la geografía, y se configuraban continentes de fábula. La Atlántida se mostró entera, latitud por latitud, a la evidencia científica. Platón tuvo su recado: **Tu Atlantida, probada.** Una y otra vez se trocaban los telones del universo. Ora había selvas donde hubo mares, ora mares donde había selvas. Montes donde costas. Costas donde montes. Todo cambiaba en la sucesión de los tiempos, y comparecían en las sucesiones milenarias, otras tierras, otros seres, otros cielos, otros ángeles... Y se poblaba el cosmos de habitantes gigantes, de una vida mitad por mitad somnolencia y quimera. Dinosaurios de pesadilla y de espanto, descomunales reptiles. El instinto erraba ebrio. Las especies, acá herbívoras, allá carnívoras, no habían elegido aún su definitiva senda biológica. Era la niñez de las formas y la mascarada general de los seres de ensayo. Los seres todos parecían disfrazados, o de lo que eran, o de lo que habían de ser. La debilidad se mezclaba extrañamente con la fuerza. Tortugas grandes como islas se movían perezosamente sobre el medio indéciso del primitivo barro. Entretanto, el Vidente, andaba por aquellas regiones sin nombre, sorteando colas, protuberancias, garras, anillos y astas filosas como cuchillas, propiciando megaterios y glyptodontes, tan semejantes a dioses tediosos entre aquella fauna de orgía.

¿Es mucho? El Vidente supo más, harto más que todo esto. Llegó tan lejos, tan cosmogónicamente lejos, que ya confinaba aquella zona de aguas siempre dormidas a que había llegado, con la divinamente inicial en que "el espíritu de Dios se movía sobre el haz de las aguas..."

Pero el sabio escrutó vanamente el ilimitado espacio, sin alcanzar cosa alguna de Jehová. Porque Jehová pasó como un viento que no vuelve, según las aguas se fueron volcando hacia esta parte de la vida, trocadas en piedras y huesos, bajo el mandato de la palabra ¡Sea!, eternidades ha.

Y sólo en este punto hizo el sabio signo de no comprender.

Pero lo comprendiera o no, ahí dejaba sus huellas por la arcilla de unas tierras más viejas que el Paraíso.

Y era la mayor de las rarezas de tan preclaro varón, emerger del seno de tantos y tantos arcanos y arcanidades, como quien torna de indiferente paseo. Y volver a tus calles, Ciudad de estos loores, en nada desemejante a la numerosidad de los hombres que andan el rumbo de su trajín; él, tan glorioso, que Europa, digo el mundo todo, se volvía silencio y oídos a las revelaciones y portentosas nuevas de su voz.

Arturo Capdevila

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVI

San José, Costa Rica

1933

Sábado 6 de Enero

Núm. 1

Año XIV. No. 617

SUMARIO

Ameghino el Vidente	Arturo Capdevila	Prólogo de un libro chileno	Mariano Picón Salas
Examen somero del "Noticioso Universal"	g. m.	Viaje a las islas	Mariano Picón Salas
Al margen de la obra de Jesús Semprúm	Rómulo Betancourt	El concepto católico, apostólico, romano de la paz	Fray Franziskus Stralmann
El Panamericanismo obrero	Jesús Semprúm	Generaciones mudas son generaciones muertas	Juan del Camino
Benjamín Jarnés	Max Jiménez	A Jorge Moore en Ebury Street	

Examen somero del "NOTICIOSO UNIVERSAL"

(Al cumplirse el 1.^{er} centenario de la edición de este periódico costarricense)

«El *Noticioso Universal* (que algunos mal-dicen y yo bendigo)», declara alguien en un comunicado.

Al *Noticioso* se alude en la edición del 29 de noviembre de 1833: «para que como único que tenemos se conserve con reputación».

LA imprenta llegó a Costa Rica en 1830. Del año 30 al 33, por la Imp. de La Paz, otras publicaciones efímeras vieron la luz. Ignoramos cuáles fueran. De todos modos, se considera como el primer «papel público» de Costa Rica el *Noticioso Universal*, semanario de 8 páginas; «un pliego en cuarto», decían sus editores. En buen papel, clara impresión. El prospecto salió el 24 de diciembre de 1832 y el primer número, el viernes 4 de **enero** de **1833**. Como se ve, acaban de cumplirse los cien años de la publicación del *Noticioso*. Ya es un «papel» venerable.

Hemos revisado la colección que posee la Biblioteca Nacional. No está completa, ciertamente. Hay del número 1 al 24; el 26; del 40 al 65; del 68 al 75; el 77; del 98 al 107; el 109; el 115 y último, de 7 de marzo de 1835. Aparece fechado en San José hasta el número 69. Del 70 al 115, en Alajuela.

El ejemplar de la Biblioteca dice: «Pertenece a la propiedad del Presbítero Fulgencio Bonilla y Ramírez». ¿Nos dirá Mario Sancho quién es el Pe. Bonilla y Ramírez? En muchas entregas hallamos también esta firma: «C. o Cno. José Mía. García». ¿Referencias?...

Por lema tenía el *Noticioso* esta sentencia de Cicerón: *Non nobis nati sumus, nan par-tem vindicat Patria*.

En la traducción de los EE. (los editores): «No hemos nacido los hombres para nosotros mismos sino para ser útiles a nuestros semejantes». Cic.

Cuando se revisa el *Noti- cioso* se siente cabal el dicho

de Cicerón. Fué un periódico escrito para el bien social. Los editores concebían (o lo anhelaban) al pueblo de Costa Rica como «celoso de sus derechos, solícito por la defensa y conservación de sus libertades, inquieto por el espíritu de especulación y ansioso por su adelantamiento en todos sentidos». Pues bien, para *promover esto* se hizo el semanario de que nos ocupamos.



Facsimile de la primera página del *Noticioso Universal*.
En el mismo tamaño de la página impresa

Colaboradores del semanario, gente de valía y de luces en la época: Joaquín Bernardo Calvo, José Anselmo Sancho, José León Fernández, Rafael Francisco Osejo, etc.

En el *Noticioso* se habla del desinterés de los «escritores públicos»; de los «patriotas que escriben», como también se les llamaba.

Una costumbre, para muchos lamentable, desde entonces: los «escritores públicos» no firman sus «comunicados». Hay seudónimos, y muchos, toda una picaresca fauna: *La Lorita*, *El Alacrán*, *El Cuervo*, *La Cucaracha*, *El Conejito*, etc.

La costumbre de no firmar lo que se escribe para el público se ha quedado hasta la fecha, en centenares de casos, en el periodismo costarricense. ¿Bien o mal?...

Salía los viernes (o los sábados) el *Noticioso Universal*. Era *noticioso* y *universal* en tiempos en que las noticias del exterior eran muy escasas. En enero 4 de 1833 da, por ejemplo, noticias de Europa de mediados de octubre de 1832. El 24 de enero de 1834 se publican noticias de México que alcanzan al 11 y 14 de noviembre de 1833.

Pero es muy loable y reveladora la aspiración a *universalizarse* del *Noticioso*. Abierto a cierta curiosidad continental: de México, Lima, Chile, eran las reproducciones que hacía. Eso era lo hermoso de entonces: que los ciudadanos ilustra-

dos de nuestra América contemplaban las cosas, y se expresaban, en términos continentales. En los redactores del *Noticioso* es evidente, es claro, el concepto interamericano.

Ancho el panorama del *Noticioso*: Europa, Asia, Africa. Fiel a su título. Es verdad que entonces tenía sentido el impreso del exterior que llegaba a la redacción de un periódico. No era para botarlo o venderlo al peso. Era para hojearlo con curiosidad y provecho. Revisaban los canjes los editores del *Noticioso* y reproducían escritos provechosos, diciéndolo.

El *Noticioso* está concebido como agencia o servicio de cultura, no como negocio mero. Testimonios posteriores confirmarán satisfactoriamente este aserto. Esta fecunda tradición en gran parte se ha perdido en nuestro periodismo. Hasta el año 1908 ó 10, como que la hubo; antes de ser los diarios mayormente informativos. Pudo hablarse entonces de una docencia periodística, del periódico para instruir al «soberano» (el pueblo), como decían los próceres generosos e ilusos.

Con carácter enciclopédico, desde luego. Los escritos del *Noticioso*, muchos de sus «comunicados», son escritos útiles de educación, higiene, agricultura, religión. Asuntos, por ejemplo: El colera, Modos de curar viruelas, Mordeduras de culebras, Cultivo del algodón, Un elogio del sistema lancasteriano (reproducciones), Libertad de imprenta, De la amistad, etc.

Una traducción: «De la verdadera causa de las mudanzas en las formas de Gobierno y Leyes de las naciones».

De un libro de Segur (*Galería moral y política*) se reproduce algo acerca «del interés de las opiniones».

A ver, econsultemos el sentir de los editores. En la edición del 10 de mayo de 1833, dicen:

No una mera confianza en nuestras luces: no la insensata idea de ostentación y menos el sórdido interés nos han impelido a proyectar y mantener este periódico, sino la persuasión de que éste es el mejor medio para la difusión de las luces y rectificación de las ideas, y el sano deseo de concurrir a la consecución de este bien. En tal concepto hemos excitado en nuestro número 14 a los que puedan y quieran comunicarnos las ideas que estimen útiles al público: las daríamos a luz con el mayor placer y aun excitamos de nuevo para que los que quieran hacer algunas observaciones en favor o en contra de lo que se publica en él lo hagan: bien sea con respecto a la sustancia o en cuanto al modo. Se desea hacer el periódico útil y agradable si es posible y celebraríamos que los suscriptores o cualquier otro anoten los defectos y propusiesen la corrección conveniente. Si el periódico se hace fastidioso o insípido no será ya por culpa nuestra sino de los que conociendo el mal no quieren aplicar el remedio.

En enero de 1833 los editores exhortan a los labradores o «hacendados de caña» para que se decidan a mejorar la producción del azúcar y panela («más pura y sólida») que ha de exportarse a Chile.

De nobles y provechosas exhortaciones está henchido el *Noticioso*. Un ejemplo:

En una entrega posterior, y a propósito de la multiplicación de los granos, los editores hacen esta promesa: «Continuaremos dando reglas más seguras y ciertas y el método definitivo de multiplicar el trigo y demás semillas, plantas, árboles, etc.»

Esto se llamaría: de periodistas que se preocupan de los menesteres de civilizar un país.

En el *Noticioso* se habla como de *lo propio* cuando se habla de lo que ocurría en el *interior*. El «interior» es también Nicaragua, El Salvador, Guatemala, los Estados de Centro América. Pensaban con más holgura aquellas mentes, sentían con más amplitud aquellos corazones. Era una ciudadanía más ancha y pudo haber sido, con el tiempo, más fuerte. Se decía entonces: «Correspondencia de la República». La República era Centro América.

Desde entonces se inculcaba a los costarricenses este principio: «No desviarse del orden legal».

En una foja leemos que Costa Rica «da ejemplo al mundo entero con su constante fidelidad y respeto a la Ley».

A los funcionarios electos se les concebía y deseaba: «hombres pródigos que al mismo tiempo que reúnan capacidad necesaria, sean amantes de su país, adictos a las libertades públicas, aleccionados con la experiencia, firmes en el sostén de las Leyes, prudentes y justos en su aplicación, y dispuestos a sacrificar su

propia opinión por el bien general». ¿Cuántos de nuestros altos funcionarios podrían verse sin rubor en este espejo?

Con este alto concepto de los funcionarios, una de las tareas del *Noticioso* fué la de «informar al público de lo que hacen los Poderes».

El *Noticioso* registra—y se duele—de algunos de los males de antes y de hoy en estas patrias: tarifas, fraudes electorales, revoluciones...

Una superstición ya vieja: la felicidad del país pendiente de una elección de Diputados.

Del número 40 en adelante suprimen la viñeta de la portada. ¿Qué decía la viñeta de los 39 números anteriores? Una ninfa en paso de danza, coronada de rosas (supongámoslo así), con el ceñidor suelto lleno de flores. Camina por una senda primaveral. A los símbolos florales fueron muy adictos nuestros viejos ilustrados.

Las citas en el *Noticioso*:

Los Evangelios, Fenelón, D'Holbaeh, Franklin, Humboldt, San Agustín, Plutarco, Montesquieu, Cicerón, etc.

Esta referencia en la página 541, número. 58: «El admirable discurso sobre la Historia Universal de Bossuet».

Alusiones:

En 1833 se publicaba otro semanario: «Correo de Costa Rica».

El 8 de noviembre de 1834 se dice de «El Josefino» *papel culebra*. En la página 1070 se lee: «los periódico del Josefino tienen mucho de personal y algo de adulación».

En el número 59 se habla de un papel mentado *El Imparcial*, 7 de febrero de 1834.

El C. Juan Mora, como Jefe Supremo del Estado, según la edición del 28 de febrero de 1833, asiste a un acto público que le dedican en la Escuela de Derecho. Un estudiante de los «curantes de derecho» que le ofrecen el examen, hace el encomio del C. Juan Mora: «Tu presencia me impone silencio». «Tu moderación me detiene». Habla de mérito, talentos, «virtudes dignas de grandes elogios»; «dilatado gobierno»; «mantenido el Estado en tranquilidad». Presidente conciliador, prudente; «distinguidos servicios». «La historia en sus fastos hará duradera y sempiterna tu memoria».

El C. Juan Mora manifestó «el grande interés que anima al Gobierno para que los jóvenes costarricenses se hagan dignos y útiles a su Patria». «Satisfizo» lo que dijo el C. Mora, anotan los EE.

Es claro para los dirigentes de entonces este concepto: De la educación (del estudio) de los jóvenes depende el engrandecimiento de Costa Rica. Por ello, a los vecinos se les pedía colaboración; para darle impulso al «bien general que resulta de la ilustración».

Más tarde, dejará el C. Mora el poder «sin que los pueblos de Costa Rica hubiesen sufrido el menor quebranto en los dos periodos que estuvo a su frente», declaran los editores del *Noticioso*. «Los ánimos todos manifestaban a un tiempo el justo sentimiento que les causaba al ver alejarse del mando a un bienhechor».

No descuida a los niños, el *Noticioso*. Para ellos saca «Modelos», (anécdotas de sabios, por ejemplo).

Entonces y ahora, Costa Rica como asilo de proscritos: «el de Costa Rica, que yacía antes en la miseria, inercia y oscuridad, marchando tranquilo y circunspecto por la senda legal, se ha hecho célebre en la Historia de la revolución, porque dando asilo y garantías a los desgraciados que han huido de la persecución de aquellos puntos...» (Edición del 1.º de marzo de 1833); *aquellos puntos*, son los otros Estados de Centro América.

De la noble y hermosa proclama del C. J. Rafael de Gallegos a sus «compatriotas costarricenses» al ocupar la «silla del Supremo Poder Ejecutivo»: «Haced sentir al mundo entero que

sabéis ser libres» «y jamás, jamás deis un paso que no esté marcado por la Ley.» (Edición del 22 de marzo de 1833).

Esta presencia, este testimonio del mundo en nuestra vida política, tan sentido por los fundadores de la República.

Una de las muchas exhortaciones de los editores: «y que a la sombra de la paz y de la Ley, Costa Rica será el objeto de la admiración general, y cada día aumentará su nombre», si el Cuerpo Legislativo señala fondos para sostener el Lazareto, darle parque al Estado, puentes, distribuir las tierras comunes...

Un caso de la circunspección política tradicional del costarricense. Se trata de «reformas» o «innovaciones» en los otros Estados de Centro América y por ello se declara en la página 90 del *Noticioso*:

1.º—Que nuestra posición en la República es la más favorable en las crisis políticas del interior por hallarnos en un extremo el más apartado del centro de las operaciones y oscilaciones políticas de la República, o como a la retaguardia de cualesquiera innovación. 2.º—Que la experiencia nos ha enseñado ya suficientemente en las crisis anteriores las ventajas de esta posición para no comprometer los derechos e intereses del Estado por proyectos quiméricos, acomodándonos a nuestras circunstancias sin apartarnos por actos violentos de las sendas legales. 3.º—Que habiéndonos conservado hasta ahora pacíficos, libres y en prosperidad bajo estas máximas, no debemos ahora perderlas de vista sino confirmarnos en ellas observando con madurez y detenimiento el impulso general de la Nación para ponernos a la par cuando la razón lo requiera, porque si la opinión de la mayoría entre los Estados no adoptase firmemente un principio, fuera locura que este Estado se avanzase a sostenerlo y si por el contrario la mayoría se decidiese por alguno, fuera temeraria una resistencia: debemos pues ser pacíficos, prudentes y circunspectos en materia de reformas. EE. (Edición del 22 de marzo de 1932.)

Señalamos este gentilicio: «paraysano» (habitante del Paraíso).

Criterio oficial costarricense en junio de 1833: «esa Isla (Jamaica) está llamada para ser almacén y punto de contacto de los costarricenses».

Eso era entonces Jamaica: una agencia comercial de los ingleses en el Caribe. Los barcos venían de Jamaica al puerto de San Juan de Nicaragua. Cada 15 días.

Ni un poeta, ni un cuentista en esa época. Recordemos, sin embargo, que el *Noticioso* publica una que otra fábula del cáustico García Goyena. Las bellas letras no están favorecidas en el *Noticioso*. La preferencia la tienen la literatura didáctica, cierto practicismo docente.

Así, en la página 112 y número 14, nos hallamos con estas palabras:

Nos sería muy satisfactorio que los ciudadanos que se han servido concurrir al sostén de este periódico, nos remitiesen sus pensamientos sobre industria agrícola, fabril y mercantil, sobre educación moral y demás ramos que hacen la felicidad común, con el objeto de que se insertasen en los números sucesivos, y se avivase el espíritu público en todos conceptos, que es el fin primordial a que se dirige la publicación de este papel. En la Imprenta (Imprenta de la Merced, administrada por José Velarde) que lo emite se recibirán y allí se daría cuenta a los Editores. Es nuestro propósito cooperar al bien y engrandecimiento del Estado, y no pensamos abandonarlo, si sus buenos hijos ayudan con sus pensamientos, ideas e indicaciones. EE.

Con gusto se lee—y hasta se echa de menos ahora—este elogio de los indígenas del antiguo pueblo de Pacaca, en la página 149, edición del 10 de mayo de 1833:

El pueblo de Pacaca ha sido y es la mejor porción de los indígenas de Costa Rica. Agricultores, industriosos, activos y emprendedores siempre han procurado atesorar algunos bienes raíces o semovientes, jamás han mendigado entre nosotros aquellas materias que les ha sido posible procurarse por sí mismos y lejos de eso han surtido de muchos artículos de necesidad, de comercio o de lujo. El morado, la cavina y gomas de varias especies, los petates y otros artefactos de la misma materia parece les han reportado una utilidad y por lo que mira al algodón y ganado, en todo tiempo han procurado proveerse del necesario sin necesidad de nuestros auxilios.

Al concluir el segundo trimestre del 1833, dicen los editores:

y se espera que en lo sucesivo remitirán (los SS suscritores) sus pensamientos, de cualquier clase que sean, a la misma imprenta, pues nuestro ánimo es, como lo tenemos anunciado, que el periódico se haga útil y agradable y que con toda confianza haya un papel que publique cuanto se le comunique.

De todas partes remiten comunicados; «cada cual tendría el placer de ver circular sus pensamientos».

Creen los editores que «hasta cierto punto» y «en cierto modo» han logrado «fijar la suerte de nuestra Patria»; «pues que se ha excitado (entre sus lectores) el deseo y acto de externar y comunicar el pensamiento; abandonándose aquella arma terrible de censura sorda y ascosa que más puede llamarse una alevosía impune con que se destroza y destruye la más acrisolada conducta».

Un anhelo:

y que tomándó asiento en nuestro suelo la verdadera tolerancia, ni las opiniones son un pretexto para los odios o el encono, ni la emulación propia de los genios libres tiene por objeto sino hacer el bien particular de cada distrito para que resulte el general del Estado.

Hace poco les decíamos lo mismo (en parte) a unos muchachos del Liceo de Costa Rica.

En el número 93 (edición del 4 de octubre de 1834), se lee: La Tertulia de Cartago propone: «pues por más que se quiera cubrir un Santo Tomás en San José y una escuela de primeras letras en Cartago» «no son suficiente barniz para cubrirnos»: que las cuatro ciudades principales cooperen al establecimiento de un Colegio general de estudios en el pueblo de la Unión; «común al Estado y sostenido por todo él, con el auxilio y amparo del Gobierno». Se le dotaría con los fondos de la «masa decimal».

En vez de «armamento y parque», «virtudes teológicas y morales, que son el armamento y parque invencibles».

Otro parecer en el número siguiente:

El objeto de más importancia para los costarricenses: «el de la ilustración como base fundamental de la prosperidad pública».

Un colegio general de estudios donde concurra la juventud de todos los pueblos a educarse en la carrera de las letras bajo la protección del Gobierno.

Al dar cuenta de que se ha leído el prospecto de un nuevo periódico: *Ensayos de Libertad* que se propone publicar la Tertulia de Cartago, celebran los editores las ventajas que proporcionan a la sociedad, entre otras «criticar la conducta de los funcionarios» o lo que es lo mismo «avivar el espíritu público, mantener en todo su vigor el de la Ley y hacer que el Pueblo sienta cuanto vale y cuanto es de apreciarse el goce del sagrado derecho de libertad».

(Un paréntesis: eso mismo era para Sarmiento el periódico: un viento zonda que pasa agitando ideas, que sacude prejuicios y supersticiones e indolencias públicas; un vivificador de opiniones).

Dicen además los editores: Al bien de los pueblos se llega «si las imprentas, azote cruel de la inercia y del absolutismo, no cesan de esparcir su voz por todas partes, y si nuestros papeles que son el vehículo de la Libertad, jamás desmienten del fin que se han propuesto». ¡Palabras ejemplares!

«Tres periódicos se van a sostener ya» (edición del 4 de octubre de 1834): «independientes entre sí», «esparcirán por todos los ángulos del Estado terror a la tiranía, al despotismo y la arbitrariedad, y perfecto amor a la Ley, al bien común y a cuanto conduzca al engrandecimiento y prosperidad general, desterrando el odio, la ignorancia y demás vicios que pudieran a la vez menguar la gloria a que aspiramos». (Como que más tarde cogió mando el dictador Carrillo y se tragó la mitad de estas buenas y loables aspiraciones de la minoría pensante de entonces).

En el número 96 (octubre 25 de 1834) se dice que

los periódicos que circulan entre nosotros no respiran sino adhesión sincera a nuestro sistema, íntimos deseos de que Costa Rica sea próspera y feliz y que a este término dichoso pueda llegar por medio de la ilustración, de las sanas costumbres y de la ocupación de todos sus habitantes. Estas son las miras de los editores de aquéllos, éstas las de los patriotas que escriben, y éstas las que han animado el entusiasmo de todo buen costarricense.

Los editores dicen en la página 1111 (edición del 25 de octubre de 1834):

Se abrirá próximamente una Cátedra de educación (para que se formen maestros) sostenida por particulares vecinos de la ciudad de San José y algunos de Cartago y Heredia.

Desde entonces se piensa en hacer maestros, esto es, se sueña (¿se trata de crear?) en Costa Rica con «hombres capaces de poner fuerte muralla al despotismo o a la indolencia». ¡Lindo y perdurable decir, éste! Prensa y magisterio en la misma labor.

Esto es verdad, el mismo *Noticioso* (ciertos remitidos) lo confirma:

Entre los que circulan papeles públicos aparecen artículos exagerados en orden a costumbres.

Una anécdota de uno que no entiende un comunicado del número 102 (6 de diciembre de 1834):

Un gallo me brinque, C. escritor, si yo he entendido su lenguaje, a pesar de tener a la vista los antecedentes: le protesto que me ha dejado tan en ayunas, como la primera vez que mi maestro don Chico Barquero me puso el Ripalda en las manos, y me encuentro con aquella jocosa pregunta «¿Quién nos enseñó la Salve Regina?» y contesta «La santa Iglesia que la tiene y la usa». Como ni la respuesta conviene con la pregunta, ni me era fácil entenderla, mi caritativo maestro, a cuyo dictamen sometí el caso, no pudiéndolo resolver, me dice: «Pase, pase, hijito»...

En son de protesta, se habla en la página 422 del «prestigio que esta palabra *Don* tenía en los años pasados».

A propósito de la ley sobre supresión de rentas federales salieron comunicados en que se habló duro. Es evidente la vigilancia que se ejercía en los poderes (el Legislativo) con la prensa. Véanse estas tres notas templadas:

El Poder Legislativo debe ceñirse a querer, es decir, a manifestar la voluntad general, que es lo que se llama hacer la Ley.

Un Legislador para que pueda representar y defender dignamente los intereses del pueblo, debe reunir por cualidades inherentes: 1.º—probidad política con la que preferirá el interés del Estado a cualquier otro; 2.º—inteligencia o capacidad necesaria para juzgar sanamente sobre las proposiciones que se presentan a la discusión; 3.º—talento o habilidad precisa para ejecutar bien las operaciones encargadas a una Asamblea, hacer la relación de un negocio, defender una providencia útil, impugnar otra perniciosa, etc., y 4.º—elocuencia en la tribuna, que es muy útil cuando no se abusa de este talento peligroso, porque para persuadir importa mucho agradar y ser oído con gusto. Esto parece muy conforme a la naturaleza y a los principios de un gobierno representativo.

Todo lo que sea hacer más que leyes generales, es un acto de usurpación en el cuerpo legislativo.

A propósito de un comerciante extranjero que exportaba pesos en metálico sin la garantía que la ley requiere, estas dos notículas:

El Gobierno hispano sorbía todas nuestras riquezas; pero al presente observamos que se sustituye cierta clase de especulaciones que tienden a la destrucción total de la República. (Edición del 4 de octubre de 1833).

En la respuesta:

El Gobierno hispano sorbía todas nuestras riquezas de un modo legal y en el día las prodiga una conducta imprudente de incauto americano. (Edición del 11 de octubre de 1833).

Pero hay quien lo refuta y también calza páginas con notas picantes. Véanse:

Adulador odioso, presente el más funesto, que a un Pueblo pudo hacerle la cólera del Cielo,

El Gobierno hispano sorbía nuestras riquezas, y los descontentos con el americano tienen a la República en miserias y desgracias expirando.

Las ha traído (unas máquinas) un hijo de este Estado y no ha logrado su venta porque no reúne el prestigio del extranjero, o lo que es más claro, porque carece del atractivo que causa la novedad.

En el número 43, de 25 de octubre de 1833, aparece el decreto que dispone colocar el retrato de C. Juan Mora en la Sala de Sesiones de la Asamblea. Dice así, y es memorable:

Por cuanto la Asamblea ha decretado y el Consejo sancionado lo siguiente: La Asamblea Constitucional del Estado Libre de Costa Rica, penetrada del sentimiento de que es justo premiar el mérito: que procurando hacerlo, insinúa la gratitud a que es acreedor, al mismo tiempo que empeña en la práctica de las virtudes; y que sealando un lugar distinguido al retrato del Ciudadano Juan Mora, Jefe que ñha gobernado con acierto dos periodos consecutivos, sa-

tisface un triple laudable objeto, ha venido en decretar y decreta: Artículo 1.º El retrato del Ciudadano Juan Mora se colocará en la Sala de Sesiones.—Artículo 2.º Al pie del mismo se pondrá la inscripción siguiente: «Ocupa este lugar el Ciudadano ex Jefe Juan Mora por sus virtudes y le ocuparán sucesivamente los que en el mismo destino se hagan dignos de él» (Decreto de la Asamblea de 11 de marzo de 1833).

En la edición del jueves 15 de noviembre de 1883 se habla de unos fuegos fatuos que se vieron en la madrugada del 13 («son los mismos que se vieron en Cartago el año 1800 puntualmente en el mismo día»): «han llenado de terror a las gentes sencillas y servido de diversión a las personas de discernimiento».

En el número 62 se habla de dos presidiarios afectados de «lepra elefantiática» y que sanaron gracias a la «admirable receta» que el Licenciado C. Manuel Aguilar puso en manos del Supremo Jefe del Estado; de quienes se elogia el «celo patriótico»; «a quienes le son deudores la gratitud del Estado».

En un comunicado: «Deme un lugarcito para darle las gracias», etc.

«Cuatro palabritas y perdonen»; así comienza una de las graciosas critiquillas del Alacrán, y de otros. ¡Y qué duro *pican!*

«Un lugarcito en el *Noticioso* necesita un amante de la Justicia», es el comienzo de otro comunicado.

En otro, este adagio vulgar: «Basta trasquilar sin desollar».

En otro: Hablaré en «términos prudentes» y sin «dañar» en los comunicados que quieren corregir «vicios de la sociedad y contener al Magistrado en los límites que la ley le demarque».

En la edición del 22 de noviembre de 1833 se lee esta salutable advertencia de los editores:

Lo que más importa y reclama nuestra atención, es que nuestro periódico no se convierta en *tribuna de discordia* o en semillero de odios y discusiones públicas o particulares que, tal vez, concluyan con la ruina general...

Antes y hoy, quisquillosos y pendencieros los costarricenses. Antes y ahora, las discusiones en los periódicos paran en lamentables enojos personales.

En el número 70 se habla de la muerte del sabio Valle. Traslademos esto, que es interesante:

El domingo 2 del mes corriente (marzo de 1834) a las 10 de la mañana ha fallecido cerca de Corral de piedra el C. José del Valle a los 38 años de su edad. Enfermo desde su hacienda venía en una litera a recibir en Guatemala los recursos del arte, y en el camino mismo, a 14 leguas de esta Ciudad, en el campo abierto, ni aun bajo el rústico techo del campesino, sino bajo los rayos abrasadores del sol de la mañana, ha exhalado su postrer aliento el primer hombre de Centro América.

Lo firma Y. G. en Guatemala, 7 de marzo de 1834.

Otra referencia, muy honrosa, por cierto: «la votación unánime de los Estados de El Salvador y Costa Rica» contribuyó a darle a Valle la Presidencia de Centro América.

Se cuenta en el número 62 que en diciembre 17 de 1813 se ha recibido en Guatemala al nuevo Encargado de Negocios de los Estados Unidos cerca de la República Federal de Centro América. El Ministro de Relaciones de Centro América dice de «cuanto importa a Centro América conservar tan importante amistad» (la de los Estados Unidos). Y «yo creeré siempre que la naturaleza ha reservado a Centro América la gloria de facilitar el trato entre pueblos los más lejanos de la tierra, proporcionándoles un conducto más expedito de comunicaciones».

Se creía ya entonces en «la grande empresa de comunicación de ambos mares por el lago de Nicaragua».

Por ahí se dice a continuación que el «monarca de la Holanda ha ofrecido protegerlo» (el proyecto de canal por Nicaragua), «digno de las profundas meditaciones de los centroamericanos y de la admiración de los habitantes del globo».

En la edición de diciembre 29 de 1833:

Puede decirse que si hay buenos Municipales, la moral será sostenida y progresará; si se dan buenos representantes en los altos Poderes, la voz de los Estados y la nación no será desoída.

En enero de 1834 se dispone que el Ciudadano José María Carazo, «se traslade al Guatemala a donde está destinado para aprender el grabado y que reponga la falta del grabador de la Casa de Moneda y lo acompañará un joven que va en solicitud de instruirse en el dibujo y la pintura».

Ya es antiguo el parecer, o el recelo, pues desde entonces se aludía a la «insubordinación que inculcan muchos emigrados del Estado de Nicaragua».

En febrero de 1834 ya se decía de Caldera:

Se han practicado reconocimientos de oficio y particulares y todos convienen que aquel punto es el más a propósito para ubicar el puerto.

En el número 68 de 12 de abril de 1834 los editores suprimen las controversias religiosas. En lo que hicieron muy bien.

En el número 53 de diciembre 27 de 1833, quéjase en anónimo (*El Pseudo-Tulio*) alguien de que los «extranjeros mercantiles» no traigan libros «útiles y necesarios al Estado para su instrucción y manejo»; «de que se vea el Estado lleno de libros no sólo inútiles, sino perjudiciales». Pide al gobierno impida a los «conductores de libros» no «regasen o expendiesen a su entera libertad» aquellos que «no fuesen de ciencias útiles, como filósofos, teólogos, juristas, matemáticos, historiadores, etc.» Y no «libros de novelas, impúdicos, subversivos, heterodoxos, etc., etc.» Y añade: «¿Qué utilidad puede traer a la juventud y aun a cualquier otro que le pongan en las manos *Las ruinas de Palmira*, Pufendorf, Diderot, d'Alembert?»

En el número 55, otro, refutando el falso Tulio, se apoya en citas (manejaban sus latines y su teología aquellos viejos «escritores públicos») de Padres de la Iglesia y dice: «De consiguiente la Geometría por la precisión a que acostumbra la imaginación, debería estar prohibida en todo Estado cristiano». Y añade con malicia: «o mejor convendría que ni a leer ni a escribir se enseñase, ya por el riesgo que hay de encontrarse con malos libros, como de escribirlos».

Señales de la época (1833). Habla *El Pseudo Tulio*:

Lo cierto es que sin libros no sé que carrera literaria podrá emprenderse; en la clase que abrió el Ciudadano Osejo, fué menester imprimir cuadernos.

Habiéndolos (libros) no faltaría quien regentase medianamente las Cátedras. Pongo por ejemplo: La clase de Filosofía, no tendría yo embarazo en servirla, si hubiese acopio de libros escolásticos, como Lugdunense, Gondin, Ferrari, Tosca u otra cualquiera obra de las áulicas.

Digo que serviría, y gustoso, (la clase de Filosofía), aun cuando el Estado no me diese un cuartillo. Tendría complacencia en que se emplease en libros filosóficos lo que el Estado pudiera asignarme. En esto estoy persuadido de la grandeza del objeto que milita. Si: objeto grande!! En él, no le va menos a Costa Rica que toda su esencia moral, ¿cómo, pues, podría darse ésta, con elementos imaginarios?

Dice más: «Todavía conservo las especies de cuando la cursé (la Cátedra de Filosofía) en las clases de Guatemala».

A lo mejor alguien pica a los Munícipes y dice de «tanto funcionario yerto» y se duele de este pobre Estado. Y habla de «dos licenciados que dictaminan y son el único oráculo de la Ley.»

La Tertulia Patriótica para «fomento de la educación, arreglo de fondos y crítica de funcionarios».

En el número 62 de 19 de julio de 1814:

Noticia.—Las insinuaciones del Gobierno y los esfuerzos de la Tertulia Patriótica han tenido resultados halagüeños en favor de la educación de la juventud. Está provista la escuela de primera enseñanza de esta ciudad de un preceptor para escribir y de otro para leer; también hay ya catedrático de latinidad a satisfacción, y se toman providencias para preparar el edificio a donde deben reunirse las clases, que por ahora se hallan en casas particulares.

Siempre en los mismos afanes! Y como otras señales de la época, estas que hallamos en el número 91 de setiembre de 1834: El señor Inocencia Paredes se halla en Puntarenas y «ofrece sus servicios al Estado en la educación de la juventud». En caso que



Para todo dolor

ASPIRINA

el producto de confianza

se le admita, dará lecciones de «Aritmética aplicadas a la Geometría conforme al método adoptado en la Escuela de Politécnica de París; Filosofía Física conforme al Sistema de Newton; Economía Política, Curso Diplomático, Oratoria o Filosofía de la Elocuencia».

En el curso de estudios de estas ciencias ofrece el señor Paredes hacer conocer a sus alumnos «la Analítica que comprende la Lógica y la Ideología».

Y viene al caso reproducir este Aviso que también leerán con gusto los que alguna vez hayan pensado en una posible historia de la cultura en Costa Rica:

El que suscribe tiene el placer de avisar al público que su Escuela Elemental de Ciencias se traslada a la Ciudad de Cartago. En ella se enseñará lo siguiente:

- 1.º Gramática Castellana y Francesa.
- 2.º Analítica y Filosofía Moral.
- 3.º Elementos de Legislación y de Derecho.
- 4.º Oratoria y Nociones de Bellas Letras.

Cada alumno pagará por su enseñanza seis pesos mensuales entregados al Preceptor el día 1.º de cada mes. La Escuela se abrirá el 1.º de febrero entrante si se reúne un número suficiente de alumnos para comenzar las lecciones. Los señores padres de familia que gusten de enviar sus hijos a la Escuela se entenderán directamente con el Preceptor.

San José, 1.º de enero de 1835.

Ildefonso de Paredes

Una referencia más que B. de la O. tendría que añadir a su trabajo «Un centenario que pasó inadvertido». (Véase al respecto el *Rep. Am.* número 11 del tomo pasado):

«Sólo una cosa no me gustó y fué que las señoritas jalsen al P. Arista que llevaba la Custodia en el coche»; «porque esto de jalar ya sabe usted que es propio de...» añade alguien, con evidente ojeriza al Pe. Arista.

El 21 de junio de 1834 se pide a Madama Catalina Gatime («suministra sus auxilios a las parturientes») que antes de su regreso a Europa «enseñe algunas jóvenes los principios de una parte tan interesante de la facultad médica». La Municipalidad se compromete a «proporcionarle gratis la casa para vivir durante el aprendizaje de aquéllas». También dispuso llamar la atención a los demás Cuerpos Municipales «con el fin de que cada uno remitiese una o dos jóvenes con el objeto insinuado».

De la preocupación por los menesteres de civilizar, tan viva en los hombres de valía de entonces:

El C. Santiago Millet ha traído de Londres a este Estado una máquina de beneficiar metales de oro y la ha colocado en el mineral del Aguacate.

Este es uno de los Avisos del *Noticioso*.

Y por último, para consuelo de los que en estas patrias anhelan algo mejor, ¡oh mi don Juan del Camino!, este pensamiento del *Noticioso*: «también es cierto que el hombre nunca obtuvo cosa alguna sino en cambio de la constancia y de las penosas tareas».

¿Quién sería el ignorado «patriota que escribe» del *Noticioso*, que hace un siglo nos dejó este aviso reeconfortante? Porque la tarea prosigue...

Diciembre de 1932.

gm

Al margen de la obra de Jesús Semprúm

= Envío del autor =

Hace algunos meses murió en Caracas Jesús Semprúm. La prensa venezolana, y la americana en general, hablaron muy poco del suceso; y cuando lo hicieron, fué en términos comedidos y sin efusividad. Semprúm, apesar de ser un valor auténtico como escritor, carecía de las dos condiciones que aseguran la "consagración" en estos medios borrosos: arri-vismo y actitud complaciente ante las clases gobernantes. Fue hombre discreto y, según tengo entendido, vertical.

El proceso operado en la trayectoria literaria de Semprúm es interesante. Guardada la distancia de estatura, y hasta de actitudes, tiene puntos de contacto con la de Emilio Zolá. "De hombre de letras a hombre", es una de las fórmulas que se le ocurren a Barbusse (ver las páginas finales de su reciente obra "Zolá") para definir la evolución cumplida en el artista puro de "Therese Raquin" hasta llegar a ser el militante social de "Trabajo". Así mismo, en Jesús Semprúm puede rastrearse el paso franco, hacia adelante, dado por el crítico de arte de los días del "Cojo Ilustrado" hacia el apasionado comentador del complejo social contemporáneo, en la época de su estada en Nueva York, por el año 23.

En la generación venezolana del 98, la del "Cojo Ilustrado", Semprúm fue el rector de la crítica literaria. En las páginas de aquella memorable publicación, posteriormente en las de "Cultura Venezolana" y siempre en las de la prensa diaria, revistó con ojo lúcido la producción literaria y artística del país. En un estilo clásico de maracaibero,—gente que escribe impresionada por el recuerdo casticista de su conterráneo Baralt,—dijo cosas siempre interesantes sobre las manifestaciones diversas de la vida cultural de Venezuela. Su método fue el tainiano, aplicado, eso sí, sin beneficio de inventario y sin intención de colmar las lagunas de ese incompleto instrumento analítico. Consecuente discípulo del maestro positivista francés, desestima el factor económico como determinante último de toda manifestación social, la artística inclusive; y por eso, su vasta labor crítica a través de las letras y las artes venezolanas se resiente de superficialidad. Fue incapaz de irse hondo a la entraña de las posiciones estéticas, individuales o de grupo, para descubrir el mecanismo íntimo de las relaciones sociales que las explicaban. A pesar de esa objeción fundamental que cabe hacer a la obra de Semprúm, es urgente señalarle en su haber una actitud muy personal, muy suya, dentro de la generación donde militó. Los hombres del "Cojo Ilustrado",—lo hemos escrito en otra ocasión—se caracterizan, como grupo intelectual, por una actitud fetichista hacia lo europeo y por un menosprecio activo hacia lo nacional. Menosprecio franco;



Jesús Semprúm

en 1911, cuando era uno de los redactores del *Cojo Ilustrado* de Caracas.

El Panamericanismo obrero

= Envío del autor. Artículo inédito, hasta la fecha, en Costa Rica =

La principal organización obrera en los Estados Unidos, la American Federation of Labor, es un cuerpo sumamente conservador comparado con sus congéneres de los demás países. La federación, que aspira a representar a todos los menestrales, no acepta la diversidad de opiniones, la natural variedad de matices que existe por fuerza dentro de todo cuerpo que sea genuina representación de una colectividad inteligente y libre. Los directores de la American Federation se parecen a los directores de la nación norteamericana en que fincan su principal empeño en que no haya discrepancias, en que todos estén unánimes y todo sea uniforme, en que las ideas estén trazadas a cordel, modeladas según los patrones que, para la American Federation, los determina el sumo sacerdote mister Gompers, judío inglés de bullicioso patriotismo yanqui. La federación tiene su ortodoxia puntual, como cualquiera iglesia. Al que no se conforma a los cánones se le expulsa, se le excomulga, se le anatematiza.

En todas partes las uniones obreras, como todas las sociedades, tienen sus derechas o grupos conservadores, y sus izquierdas o grupos radicales o progresistas; y, entre esos dos grupos, otro intermedio de moderados, que no quieren quedarse inmóviles y estacionarios, pero tampoco quieren adelantar con precipitación que juzgan atropellada y peligrosa. En la American Federation predomina el grupo conservador, con mucho el más numeroso; pero la característica de la organización oficial obrera de los Estados Unidos es que ve con recelo y ojeriza a los hombres de la izquierda, aun a los que, en otros países, parecerían modelo de moderación. No ya los comunistas, sino los socialistas mansos resultan en sus filas diablos con cuernos y con uña en el rabo. En cambio, un republicano o un ce-

o disimulado detrás de ese escamoteo fraudulento del género "criollista", en el cual, como en las novelas muy características de Díaz Rodríguez, el decorado tropical es fondo para un drama donde se mueven hombres nostálgicos de Venecia o París, y renegadores del caos y primitivismo nativos. Frente a ese complejo de inferioridad,—llamémoslo así, para cobijar con el tecnicismo freudiano la cretina actitud de metecos,—adoptó Semprúm una irreductible posición polémica. Exigió, con pasión que a veces rompía con sus tonos broncos el estilo diáfano, la implacable poda, en el arte criollo, de los bejucos y bucarales excesivos, de la exhuberancia botánica, de todo cuanto en él era contingente y externo, en beneficio de la intimidad. Arrancarle su recóndito sentido estético a nuestra vida turbulenta, a nuestro medio social informe: tal fue su insistente palabra de orden. Su generación no entendió el mensaje ni podía entenderlo. Expresión intelectual de la burguesía nativa, de base agraria y latifundista, enfeudada económicamente a metrópolis distantes, tenía que crear a tono con los módulos estéticos vigentes en aquellas metrópolis. De los mercados manufactureros de Mánchester importábamos las telas con que nos vestíamos; de la City londinense, los empréstitos periódicos para equilibrar los presupuestos fiscales, cojos siempre por la rapacidad de los encargados de su inversión; de Europa y Estados Unidos, en general, partían las corrientes nutritivas de nuestra economía incipiente, semi-feudal y en vasallaje. Y la obra artística nacional, tributaria ella también, tenía necesariamente que ser extranjerizante. (Entonces, como hoy, sólo una generación venezolana, americana, nacida en un continente liberado de tuteladas exteriores y en plena posesión de su destino, podría explotar con eficacia creadora las posibilidades estéticas de nuestros pueblos).

Otra diferencia importantísima queremos señalar entre Semprúm y la casi totalidad de sus compañeros de ruta. Semprúm vivió al margen de la política. No se alquiló a déspotas, no vistió libreas de cortesano, no enhebró panegíricos para los mandones. Carecemos, por el momento, de noticias completas acerca de su actuación civil; y por escrúpulos, lógicos en quien habla de un país donde la inteligencia se ha prostituido tanto, no llegamos hasta a destacarlo como modelo de probidad ciudadana. Sin embargo, señalamos el hecho de que nunca figuró en planas ministeriales ni arrastró por legaciones y consulados esa cauda de vilezas que mengua las personalidades de Gil Fortoul, Vallenilla Lanz, Zumeta, Pedro Emilio Coll y demás "colegas". El hecho mis-

(Pasa a la página 10)

(Pasa a la página siguiente)

ESPAÑA Y NOSOTROS

Benjamín Jarnés

= Envío del autor. Madrid. 1932 =

Porque la mayoría de los escritores españoles, nos quieren mal, otros nos desprecian, otros son españoles de los verdaderos, de los hospitalarios: Benjamín Jarnés.

En España, somos hijos pródigos fracasados, y habría que huir de la casa que debiera ser paterna, si no fuese por estos Benjamín Jarnés de los cuales hay tan pocos. Y dentro sucede, que Jarnés, está muy lejos de los de sólo melena, y de los otros de sólo grito. Tiene su peso propio, nos quiere, sin las estúpidas necedades de la balanza.

Benjamín Jarnés en las letras, es algo así como Stravinsky en los sonidos; ambos podrían haber sido magníficos ingenieros de físico, de moral. Jarnés ensayista siempre, de tentáculos que dan la amable filosofía de la vida.



Benjamín Jarnés

El, en sí, es una fiesta, algo de la risa de las edades ante una vista de Chaplin,

algo de lo que algunos solamente admiramos.

Su camino en las letras ha sido más arduo que el de otros. Lo que sucede siempre, especialmente ahora, cuando no se habla en metafísico charlatanesco, cendal en que babea los literatos de libro proyectado.

Benjamín Jarnés, es todo lo contrario de la literatura española con lastre, de esa literatura que va de un punto a otro sin darse cuenta de las infinitas gamas del océano.

Y a Jarnés, le debemos la separación de ese ustedes, los americanos; bastante es con que los españoles nos dividan a la personalidad; sería de agradecerlo.

Leámoslo con todo el cariño y respeto que se merece Benjamín Jarnés.

Max Jiménez

Al margen de la obra de...

(Viene de la página anterior)

mo de que su muerte no mereciera el deshonor de una declaratoria oficial de "duelo público"; y la circunstancia de que la prensa podrida de Venezuela no derramara sobre su ataúd ese caudal necrológico caído recientemente sobre el del clérigo Carlos Borges, son hechos en abono de su verticalidad.

Decíamos que Semprúm estuvo en Nueva York el año 23. Huía tal vez del irrespirable ambiente venezolano. Quería vivir su actividad libre de escritor. En Nueva York fundó un "Servicio de información latino americana". Periódicamente salieron entonces de su pluma estos artículos fustigadores que ahora hemos releído. No fue a Estados Unidos a embobalicarse frente a los éxitos de la civilización mecánica yanqui, para luego hacerse eco de ellos ante nuestros pueblos; no fue a husmear en las trastiendas de Hollywood, para contar luego intimidades de "estrellas" a los millares de necios de ambos sexos lectores de "Cinelandia". Tenía probidad mental y poco deseo de ser consecuente con la fórmula, hoy tan popular entre los fabricantes del pasto picado periodístico, de Lope de Vega. (Aquella de que el público es necio y hay que darle necedades). Semprúm hizo entonces una continuada campaña antiimperialista; denunció los bajos fondos de la mentirosa "democracia" yanqui; buceó en la descomposición de la sociedad saxoamericana para poner al desnudo, ante los ojos de América latina, todas las inmundicias de aquel

orden de cosas, presentado tradicionalmente con insuperable modelo; ridiculizó a Rowe y a su flamante Unión Panamericana; lanzó alertas a los obreros organizados de estos pueblos, para que no cayeran en la celada de la federación panamericana del trabajo ni se prestaran a las maniobras de los Gompers y los Green; agredió de firme todas las farsas del Panamericanismo oficial, en un tono viril y encendido de protestas. Hizo más Semprúm: frente al socialismo revolucionario, adoptó una actitud de simpatizante. En este sentido, no encontró tradición que seguir en la emigración venezolana, caracterizada en su conjunto, y hasta hace poco, por un reaccionarismo intolerante y trasnochado. El momento mundial no era tampoco muy propicio. Era la época de encarnizado ataque literario contra la Unión Soviética, revancha que se tomaba la burguesía internacional de las derrotas inferidas a sus Kolchaces y Denikines por el ejército rojo. Y bajo esas circunstancias, Semprúm no vaciló en definir sus simpatías por la revolución de octubre y por sus

hombres. A la muerte de Lenin, escribió un artículo donde asumía la defensa del jefe proletario, ante la montaña de inepticias acumulada contra su personalidad de caudillo máximo de la más grande revolución de la historia.

En los últimos años de su vida, ya de nuevo en Venezuela, Semprúm concitó sobre sí las malquerencias de las vanguardias literarias. Frente a ellas adoptó una línea de requisitoria intransigente. Poemas, novelas, cuentos de nuevo cuño, merecieron ataques, en ocasiones virulentos, de su pluma. Sin compartir en su totalidad las tesis de Semprúm sobre la "nueva manera" literaria, estamos con él en muchos puntos de vista. Especialmente, en ése que le niega justificación dialéctica a un arte descoyuntado en la forma y sin fermentos revolucionarios en el fondo. El "Grupo Cero de Teoréticos", club que reúne a la llamada "vanguardia" venezolana y cuyo sólo nombre es ya una revelación,—no ha hecho hasta ahora sino equilibrismo retórico, obra subjetiva, sin perspectivas tendidas sobre el drama social. En este sentido, y pese a sus diatribas contra el romanticismo, son tan románticos y antihistóricos como los más empedernidos fabricantes de madrigales.

En días próximos, intentaremos un más cuidadoso ensayo sobre Semprúm y la ubicación de su obra en el proceso cultural de Venezuela. Por ahora, basten estas notas apuradas acerca de su personalidad interesante.

Romulo Betancourt

San José, diciembre de 1932.

Laboratorio Clínico

Lic: Manuel J. Grillo hijo

Análisis médicos

(Orina, Sangre, Heces, Espetos, Pus, Jugo gástrico, etc.)

GARANTIA PROFESIONAL — EXACTITUD COMPROBADA

El Panamericanismo obrero...

(Viene de la página 8)

mócrata—dos nombres distintos bajo los cuales milita a su sabor un solo amo verdadero: la plutocracia que manda—se encuentra dentro del movimiento obrero como el pez en el agua. La federación suele favorecer a los políticos conservadores “que se muestran más amigos de los obreros”; aunque se ha visto varias veces el caso de que un candidato republicano o demócrata, elegido con el apoyo del voto obrero, se muestre, en el ejercicio de sus funciones públicas, hostil a las aspiraciones de los trabajadores. Estos y otros motivos han suscitado la desconfianza de los obreros, buena porción de los cuales es partidaria ya de la creación de un partido obrero, designio ominoso para los dos viejos partidos. Los conservadores de la federación se oponen con sobresalto a semejante medida.

La última conferencia de la American Federation, reunida en Portland, en el estado de Oregon, nos ha dado un testimonio concluyente del espíritu mortecino que prevalece en sus filas. La conferencia no tomó más que una medida de importancia: expulsó de su seno al delegado William P. Dunne, “acusado” de comunista. La acusación comenzó por un ataque contra la agencia de noticias denominada Federated Press y se extendió luego a Dunne. La respuesta del acusado pinta con rasgos enérgicos la situación actual de la federación. He aquí breves pasajes de su discurso:

Los obreros se encuentran en esta tierra en una deplorable situación de debilidad. Sólo una séptima parte de los trabajadores se encuentran organizados... Y, sin embargo, vosotros os pavoneáis muy orondos, como si este fuera el mayor movimiento obrero del mundo... Ni un solo grupo considerable de obreros se ha adherido a la federación durante el año... Las condiciones de la vida de los obreros no han mejorado... Ha mejorado únicamente para los altos funcionarios de las uniones que viven en la atmósfera ponzoñosa de Washington y en lujosos hoteles... El presidente (Gompers) no quiere que haya hombres inteligentes al frente de las uniones y ha conseguido realizar su deseo... En el fondo os desprecia... Y la prensa os desprecia. Los periódicos hablan ahora de vosotros con benevolencia, pero aguardad a que se presente la primera depresión económica y veréis como no tienen compasión de vosotros... Necesitáis jefes que comprendan lo que está pasando en el mundo...

La expulsión de Dunne fué una acción puramente negativa. La conferencia se limitó a mover la cabeza en reiterados gestos de negación, sin afirmar nada. Pero si se quiere una prueba más concluyente todavía del enorme abismo que media entre el movimiento obrero del resto del mundo y el de los Estados Unidos, ha de saberse que ante la convención o conferencia de Portland hablaron dos militares de profesión, uno de ellos miembro de la American Legion, que representa la quintaesencia del patriotismo militarista, y que Gompers se mostró lleno de emoción belicosa al hablar de la guerra. “Ningún hombre que tenga sangre en las venas—dijo—lamentaría el sacrificio de vidas hecho a fin de salvar a los Estados Unidos y al gobierno democrático”. Estas palabras, que sudan falsía, son un asentimiento incondicional ante el militarismo y el imperialismo y no las toleraría en su seno ninguna convención obrera europea. Si Gompers las pronunciara en Europa le pasaría lo que en Portland le pasó

a Dunne, con la diferencia de que a Gompers lo expulsarían entonces no por demasías de su credo sino sencillamente por traidor.

La American Federation no nos interesa sino por sus relaciones con los obreros hispanoamericanos. La organización obrera no existe, propiamente hablando, en la América española, sino en grupos dispersos, sin coherencia, sin conocimiento mutuo siquiera, sin sombra de planes continentales. Sin embargo, allí donde han fracasado las oligarquías exactoras, cuya codicia ha llegado a desatar guerras perniciosas entre estados de la América española; allí donde han fracasado los diplomáticos vacuos y palabreríos en promover la armonía y la unión entre los pueblos hispanoamericanos, podría tener buen éxito la confraternidad de los obreros. Mas ¿cuántos años y cuántos esfuerzos no serán necesarios para organizar la unión de los obreros hispanoamericanos? De todos modos, dada la manifiesta impotencia, o el contubernio con los capitalistas, de la American Federation, afiliarse a ella constituye tamaño peligro para nuestras bisonas asociaciones de obreros. Se anuncia que Gompers irá de Portland al Paso, donde asistirá a una sesión especial del congreso panamericano del trabajo. El propósito de Gompers allí es conseguir que los

obreros mexicanos afiliados a la federación panamericana se abstengan de concurrir a la conferencia convocada por la Internacional de Amsterdam con el objeto de gestionar que se le afilien las uniones obreras de México y la América Central. Mister Gompers se propone aplicarle la doctrina de Monroe a la confraternidad obrera. Sin pretender darles consejos a los obreros de México y de la América Central es obvio que la internacional de Amsterdam, que, en cuanto a las doctrinas, es bastante “amarilla”, lo es menos que el panamericanismo obrero de Washington, que es amarillo de peste. Mientras gran parte de las asociaciones obreras europeas tienen un amplio carácter internacional y universal, la federación de Washington es patrioterista y nacionalista y su panamericanismo es copia y reflejo del panamericanismo del departamento de estado en Washington y de las conferencias políticas continentales. Una de las razones alegadas por Gompers para no querer nada con la internacional de Amsterdam es que ésta acepta la aprobación por mayoría, sin pedir unanimidad y de ese modo, “la American Federation podría aprobar una guerra emprendida por el gobierno de los Estados Unidos y se vería entonces obligada, por el voto de la mayoría de la internacional de Amsterdam, a oponerse a la guerra”. Allí asoman las uñas de la zarpa imperialista.

Los obreros de la América española pueden y deben fraternizar con los obreros de los Estados Unidos, pero deben estar atentos a los manejos del titiritero de mister Gompers y de su comparsa. La federación obrera de los Estados Unidos es ultraconservadora. Todavía predominan en ella los métodos y las ideas de lo que se llamó la “aristocracia” de las uniones de oficios, formada por las cuatro hermandades de los empleados de ferrocarril, las cuales, ideológicamente, eran lo que hoy día se llama burguesas. Es verdad que las atrocidades de la guerra instigaron la liberalización de las uniones, pero menos aquí que en ningún otro país industrial. En la América española no hay industrias intensas y abarcadoras como en el norte, y en casi todas partes predomina el campesino y el pastor, que se hallan en diversos grados de servidumbre y de libertad económica. Los obreros industriales de las ciudades tienen la tendencia a imitar a sus cofrades extranjeros, pero hacia donde menos deberían mirar los hispanoamericanos es hacia Washington. Su obligación primordial es, después de la organización propia, coadyuvar a la organización reivindicadora de los siervos de la gleba y fundar un organismo obrero nacional dispuesto a aliarse con sus congéneres de los países hispanos vecinos y remotos. Así serían capaces de imponer una política y una economía razonables en la América española, que ahora está imitando modelos podridos, y conseguir a la postre que la explotación de las riquezas del continente, despilfarradas hoy en el enriquecimiento de una pandilla ociosa de capitalistas criollos y extranjeros, sirva de base para la obra dilatada y difícil de la civilización de América. La vivacidad latina, tan poco comprendida y tan mal interpretada por los anglo-sajones, y que tantos daños nos ha traído en lo pasado, nos servirá tal vez para aprovechar bien y pronto las lecciones de la situación en los Estados Unidos. Nuestros obreros no deben mirar hacia sus cofrades del norte para imitar todos sus pasos sino principalmente para evitar sus malos pasos, su timidez, su docilidad y las evasivas supercherías de algunos de sus caudillos. Por eso es peligrosa la concomitancia ciega con la American Federation y con la federación panamericana del trabajo.

Jesús Semprúm

Nueva York, 15 de octubre de 1923.

INDICE



8 LIBROS QUE LE INTERESAN:

Pío Baroja: <i>Intermedios</i>	3.25
Pío Baroja: <i>El Cabo de las Tormentas</i> . Novela.....	3.00
Lord Byron: <i>Tragedias</i>	3.50
Pío Baroja: <i>La venta de Mirambel</i> . Novela	3.75
Antonio Cabral: <i>Biografía, crítica y cartas inéditas de Eça de Queiroz</i>	5.00
Ramón de Belausteguigoitia: <i>Reparto de tierras y producción nacional</i>	3.00
G. K. Chesterton: <i>Cuatro granujas sin tacha</i>	1.25
Iván Chmelov: <i>Cáliz inagotable</i> . Novela..	3.75
Solicítelos al Admor. del Rep. Am.	

Tiene Ud. Dispepsia?

Se cura fácilmente usando

SAL UVINA

en su dieta.

AGRURAS - FLATULENCIA - MAL ALIENTO - DOLORES DE CABEZA

Síntomas todos de que su digestión anda mal.

Desaparecen RAPIDAMENTE con el uso de la

SAL UVINA

HERMANN & ZELEDON
BOTICA FRANCESA

Prólogo de un libro chileno

Mi querido Domingo Melfi:

Ha escrito usted en un cuadro de amplia composición, de colorido abundante y tumultuosa movilidad, esta hora de agonía de la vida burguesa en Sur América, en la tierra montañosa de Chile. Recuerdo en la exuberancia del cuadro, en el rojo veneciano de que usted suele marcar sus escrituras, algunos de los maestros de Italia que arden todavía en su sangre, y celebro que usted incorpore a nuestra cultura su verba cálida y su lógica apasionada. Generosamente ofrece usted las palabras y despliega los aspectos de esta sorda convivencia criolla, y contra todo lo que es mezquino y estrecho en nuestro paisaje espiritual, erige su encendido patético. Ve usted caer los hombres, las instituciones que ayer parecían respetables y que la terrible tromba del tiempo arrolla en su fatalidad. La moral del individuo privado no es la misma del personaje público, y por ahí, tristemente, como un hombre que hubiera sido ajeno a su tiempo, a su erizado destino histórico, deja usted un magnífico retrato del Presidente Montero, trazado de mano maestra y que seguramente servirá a los historiadores de mañana como uno de los mejores documentos coetáneos. Y al rojo blanco de su prosa condena en la purificación final estas sociedades que mueren sin haber hecho Historia; grupos humanos que no pudieron salir de su vasallaje de colonias económicas y espirituales del mundo imperialista, burguesías que se disgregan—no por el soplo grandioso de la Revolución—sino por su propia falta de contenido, por sus contradicciones y su individualismo disociador.

Ha creído usted que el hecho de haberme detenido yo con mi pequeña linterna de escritor sobre la realidad de otras tierras americanas, podría proporcionarme algunos elementos de comparación para juzgar el material chileno que usted ofrece. He aceptado el convite de usted no tanto porque crea merecerlo, sino porque considero que nunca como en esta hora de disolución, nuestros problemas — para entenderlos —, necesitan la verificación de un mayor espacio. Nuestro incendio — para emplear una imagen vulgar — salta ya por las murallas de las

(Sin Brújula, panorama político-social de Domingo Melfi)

— Envío del autor —



Viaje a las islas

— Envío del autor —

Hizo mi abuelo en un velero todo el periplo de Colón. Cruzó por el mar de Sargaso y por el Africa Mayor.

Era el alba del Ochocientos antes del buque de vapor, pájaro olfateando vientos es el velero Vencedor.

Vencedor: ahora sonreiríamos de sus trescientas toneladas, y de la línea de su trinquete y del árbol de su mesana.

Son simples robles extremeños o chopos del Guadalquivir, pero la brea y el calafate los endurece como el tek.

Pasada ya la gran Canaria fué la soledad del mar, y las nubes negras de octubre sobre la calma Ecuatorial.

El calor, las galletas secas, y hasta el agua para tomar, dijo el Capitán de Cádiz que era preciso racionar.

De ese marino gaditano describiera las barbas negras, y el anillo de lapizlázuli que le servía de talismán.

La lívida agonía de un hombre en la cámara de estribor, es el vómito de los trópicos y los fantasmas del calor.

O acaso la viruela negra de aquel esclavo congolés; era un terror escalofriante de la cabeza hasta los pies.

En el delirio de su fiebre mira paisajes andaluces, los naranjales sevillanos los granadinos arcaduces.

Agua y naranjas doradas para aquellos labios febriles. Por su sueño cruzan las hadas con plateados aguamaniles.

Son visiones de agonizante que enciende la fiebre amarilla, dejó su tierra el emigrante, no llegará a la Gran Antilla.

El Capitán en su sextante iba apresando los grados, hasta fijar la Cruz del Sur en los cielos achubascados.

¿A dónde arrastran las madreporas

sus arrecifes verdecidos, corales rojos como sexos de los tesoros sumergidos?

¿Si nos espera algún pirata en la isla de la Tortuga? o el amor de alguna mulata como en las canciones de Cuba.

De aquellos tiempos tan lejanos queda la imagen centelleante de alguna alfombra cairina, una copa de cornalina y el marfil de algún elefante,

que los esclavos africanos en la bodega de la trata, decoraron de sangre humana para dar la nota escarlata.

¡Oh la sorpresa de aquel viaje al empezar el Ochocientos, cuando un marino en su tatuaje graba la Rosa de los Vientos!

El vino rojo en los toneles y el amarillo de los naipes, trajeron dagas y puñales, esos peludos tripulantes.

Pero al cabo del sexto mes avistaron la grande Antilla, era una tierra femenina como la edénica costilla.

Desde el puente de El Vencedor toda la América desnuda. ¡Oh la América del calor! de Cartagena a la Bermuda.

Antillas, islas femeninas que a los cansados emigrantes ofrecían sus palmeras finas como abanicos odorantes.

Ahora evocaba las rutas de aquel abuelo pendenciero, las navajas de sus disputas y sus viajes en los veleros.

Sueño en sus barbas españolas que engendraban sólo al mirar, unas barbas estupradoras de guerrillero o Capitán.

(Pasa a la página 14)

casas vecinas, invade todo el barrio y exige de los moradores que hasta ayer pleiteaban por cualquier chisme o cualquier servidumbre vecinal, esta solidaridad del peligro, esta comprensión y apoyo humano que las fuerzas pasivas de la Historia — clases privilegiadas, políticos anacrónicos, generaciones desplazadas — no vienen a comprender sino en el instante irremediable de la catástrofe. Y entonces el historiador las mira marchar como ciegos, tropezando en sus contradicciones, sin una idea o un designio seguro que les ilumine la ruta. — Si le hubiéramos hecho caso a Mirabeau, pensarían los aristócratas que lograron ponerse al otro lado de la frontera francesa, después de 1791. Pero nunca se le hace caso a Mirabeau. Este es el espectáculo dramático y maravilloso de la Historia. Las fuerzas sociales puestas ya en movimiento nunca retroceden; pueden encontrar como un río de montaña la curva de muchos meandros, diversificarse, hasta perderse bajo la tierra durante largos kilómetros, para despertar otra vez con nuevo vigor — como después de un sueño —, en el goce colmado y anchuroso de la desembocadura.

Así una perspectiva americana para estos problemas de política y de cultura que se asfixian en nuestras rutinarias y angostas Chancillerías, es ya la única perspectiva posible, porque es también la perspectiva revolucionaria.

(Hay naturalmente tímidos y encogidos grupos burgueses que niegan la posibilidad de esa Revolución. Ellos tienen recetas mágicas, recursos supremos como el del enfermo desesperado que ante el desencanto de la medicina científica, se fué a ver al curandero. Siempre que una clase social va a morir surge en ella la Utopía. De las doctrinas, de los fermentos que agitan el tiempo, toman aquello que les pareció menos peligroso, presentan con un nombre nuevo una vieja mixtura y creen de esta manera salvarse. La Revolución termina por arrollar esos diques de papel que levanta el Arbitrismo. Porque al hombre, a esta pequeña y frágil cosa que es el hombre, no le quedan sino dos actitudes ante el movimiento histórico: o ponerse a tono con él, ali-

gerando sus pies y sus brazos como el nadador que domina las aguas, o bien esperar que la corriente lo sumerja irremediablemente. También los aristócratas romanos en los días turbulentos del Imperio, acostumbraban abrirse las venas. Nuestras burguesías han engordado demasiado y desconocen la Filosofía estoica para eliminar de esta manera tan saludable, todos sus malos humores).

Entre nosotros los días de mañana se les anuncian alarmantes, porque ha faltado a las clases dominadoras de la sociedad, no sólo esa justicia por la que usted clama cuando recuerda el régimen de castas que siguió prevaleciendo en el Chile republicano, sino hasta la más elemental previsión del tiempo. Y quienes vivieron aferrados a la estática de una posición, quienes sin otro disimulo que las palabras convencionales de una fraseología democrática se mantuvieron en sus granjerías y privilegios, advierten de pronto, advierten trágicamente, que aquellos expedientes, aquellas palabras mágicas ya no responden, se pierden sin eco ni eficacia en la zona negativa de un mundo revuelto. Es que estamos, amigo mío, en el umbral de un tiempo revolucionario.

Advierto dentro de lo que pudiéramos llamar las formas típicas, suramericanas, de la Crisis universal, que este proceso revolucionario no está partiendo solamente del empuje de las masas, de la agitación de estos pueblos secularmente pacientes, sino en grado principalísimo del carácter arcaico, anti-moderno, feudal, de nuestras clases dominadoras. Ellas, más que por la presión de las masas, se están desbaratando porque no saben resistir a la estrategia y los métodos del capitalismo invasor, porque su concepción del mundo, sus medios técnicos, los vicios sociales que usted desmenuza en su libro, las desarmen ante quienes vienen mejor equipados. Nuestras viejas oligarquías rurales, las que desde México a Chile, manejaban inmensos latifundios con servidumbre de campesinos tan desamparados como los indios de la encomienda colonial, pierden el control de la política, el dominio de sus multitudes mansas, ante esta fuerza nueva y demoníaca del capitalismo financiero. Juegan en este momento de la vida suramericana su

último papel histórico. La hora les ordena elegir entre el Imperialismo y la Revolución. Naturalmente que se deciden por el Imperialismo. A la sombra del Capital extranjero, siervos y esclavos de él—porque serían incapaces de crear un poder económico propio—esperan mantener sus últimos privilegios. Toda aristocracia muriente se apoya en un poder imperialista. Y antiguos amos de hombres y tierras, señores de mesnada, nuestros oligarcas descienden a súbditos de esos más poderosos dioses del Dinero y los Trusts que imponen su ley desde Nueva York. Son como esas noblezas provincianas que en Siria y en Egipto, en la época del Imperio romano, iban con sus súplicas y ofrendas a la tienda empavesada de los procónsules. Para Roma como para las naciones imperialistas de hoy, eran esas aristocracias en agonía los mejores instrumentos de dominación de los países conquistados. Algunos presidentes de República — Gómez, Sánchez Cerro—y los grupos oligárquicos que los rodean son para sus naciones avasalladas, lo que podían ser para la Siria y la Palestina romanizada del tiempo de Cristo, la innenarrable familia de los Herodes.

Pero de la tierra misma, más que del escaso contagio urbano de las teorías extranjeras, surge este problema de la Revolución americana. Los grandes diarios de nuestras ciudades que arriendan sus páginas al Capitalismo internacional y en retribución sirven a sus lectores las noticias de otras agencias capitalistas, ven en toda agitación de masas, en toda ardiente palabra verídica que logre pronunciarse en nuestros países, la obra de Moscú. Con mayor derecho pudiera verse en las propagandas y consignas de aquella opinión mercenaria, la obra de Nueva York o de Londres. Más que el proletariado misérrimo de nuestro naciente industrialismo o el campesino que aún mira a su patrón como a un terrible dios blanco, las clases dirigentes de estos países son las que efectivamente dependen de un poder extranjero, corruptor y anti-nacional. Junto al núcleo de las oligarquías, están esperando desde la Independencia su incorporación al Estado y a la plena vida jurídica, las grandes masas de la ciudad y del campo, siervas hasta ahora del Latifundismo, la Iglesia o el re-

ciente poder financiero. El esfuerzo revolucionario de ellas completaría lo que quedó trunco en el movimiento de la Independencia. Y tomamos el problema donde lo dejaron Bolívar y San Martín, cuando después del fuego jacobino de los años heroicos, las clases oligárquicas iniciaron la contra-revolución: los hacendados del siglo xix se convirtieron en poder político, o la voluntad bárbara de los caudillos, engendró nuevos grupos de explotadores.

Ahora bien, ¿cuál ha de ser la posición de nosotros, intelectuales, en esta lucha por un orden más justo, por una política de grandes masas y amplia proyección especial que ya se advierte en el horizonte de América? Su libro no lo declara directamente, pero el cuadro encendido y justiciero que usted trasmite, me parece una cabal afirmación revolucionaria. Ni desde aquel mirador individualista y estético que fué en el que se colocaron muchos escritores nuestros de veinte o treinta años atrás, las oligarquías hispano-americanas justificaron su poder y sus obligaciones para con la tierra. Son las nuestras, burguesías que mueren sin haber animado una sola gran fuerza espiritual. Si estuviéramos en Europa seguramente que la muerte de ese pensamiento burgués de que habla Emmanuel Berl, nos arrancaría algunas añoranzas y pensaríamos en ciertas cosas bellas que realizó la Cultura burguesa en la hora de su ascensión: pensaríamos en la música del siglo xviii, en la gracia de Mozart o en el pathos romántico de Beethoven; leeríamos de nuevo el "Wilhelm Meister" o "Las afinidades electivas", penetraríamos en las novelas de Balzac, la carnosidad y jugosa epopeya de un mundo ventruado pero todavía rebosante de vida, o abríamos un ensayo de Taine—tan seguro en el orgullo que ahora nos parece candoroso, de su siglo xix. — Pero en nuestra América la Burguesía engordó con los desperdicios de Europa, en la incapacidad de crear un nuevo estilo histórico; fué una clase desarraigada y extranjerizante que se mantuvo extraña a la verdadera agitación, al ritmo propio de la tierra. Usted sabe contar en páginas convincentes algunos episodios de una larga lucha contra la injusticia, contra el feudalismo desdeñoso de lo que

hemos llamado nuestras altas clases. Ellas explotaron el trabajo del indio, del manso peón, se convirtieron en clases urbanas y usaron del dinero de los años prósperos, de la merienda política que completó su despojo económico, dilapidándolo en la orgía de las grandes urbes, en los objetos brillantes y los gestos fanfarrones del rastacuero. Apenas con la forma europea—democracia, leyes, parlamento—esas clases oligárquicas se prepararon una piel de zorro para esconder sus apetitos. Le temían a la Cultura y mantuvieron masas inmensas en el más rudimentario analfabetismo para seguir disfrutando de sus poderes de Encomenderos. En el momento en que esas clases oligárquicas amenazan caer envueltas en la malla de sus propias culpas, destruidas no por la Revolución que no ha venido, sino por su estructura atrasada y anti-moderna, no seremos nosotros, amigo mío, quienes acudiremos con nuestra corona de flores de trapo a lamentar su ruina. Ellas tienen muy poco que ver con lo que nosotros, escritores, llamaríamos la tradición y la cultura de América: algunas individualidades que sobre el medio sórdido, rutinario e injusto, lanzaron la flecha de su profecía. Hombres que como Martí, como Montalvo, como González Prada, se irguieron incomprendidos y heroicos; rocas volcánicas vomitando lava, en la desolación de un valle gris. Si hubo alguna comprensión, alguna justicia para esos profetas, fué la consagración póstuma cuando habían callado y muerto, y no eran ya sino nombres, nombres gloriosos e inofensivos, en las páginas amarillas de los libros. Con ellos, con esos hombres fervorosos y solitarios, más que con el bric-a-brac grosero y anti-cultural de las burguesías criollas; con ellos, y con el pueblo sufriente, quiere identificarse nuestro tenso destino.

Usted, amigo Melfi, ha sentido este trágico deber contemporáneo, y en las páginas de su libro afirma una voluntad de escritor que avienta todos los prejuicios y se dispone a comprender y vivir, el peligro y el hervor heroico de la nueva hora.

Lo saluda efusivamente, su compañero.

Mariano Picón-Salas

Santiago de Chile, noviembre de 1932.

El concepto católico, apostólico, romano de la paz

La paz de Cristo como base de la paz política y social

= Traducción de S. de la S. para Rep. Am. =

El cristianismo se inició en el mundo con himno de "¡Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres de buena voluntad!" Los cielos y la tierra se unificarían, por virtud de Aquel que era de ambos, en Quien tierra y cielos se reconciliaban, en Quien se unían: Jesús Cristo, Dios y Hombre verdadero. Verdadero Dios de Dios, Cristo podía darle al Padre la gloria en las alturas que Le correspondía a El, y, como Hombre verdadero, podía incluir, y abrazar como a hermanos, a toda la humanidad en Su Divino Sacrificio de Alabanza, de Acción de Gracias y de Reconciliación, y compartir con ellos la paz que brota de Su unión con el Padre.

Tal fue la obra del Cristo histórico; pero El es el mismo ayer, hoy para siempre (Epíst. a los heb. XIII, 8): Lo que el Cristo histórico se esforzó por realizar, el Cristo glorificado lo lleva a cabo como brazo derecho del Padre que está en los Cielos.

Más aún: El Cristo eucarístico baja a nosotros a hacernos compañía en la tierra, tornado en alimento nuestro para así ser parte integrante de nosotros.

Y, en fin, el Cristo místico forma, con los miembros de Su Iglesia, un solo cuerpo así como las ramas forman un solo todo con el tronco, y así como con la cabeza forman un solo cuerpo los diversos miembros; de modo que para El y para Su pueblo, perfectamente unificados, el significado del himno es eterno: "¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz!"—Paz "a los hombres de Su Gracia", dice literalmente el texto griego. "A los hombres de buena voluntad", reza la Vulgata.

He ahí la limitación y la condición de la paz: La paz que Cristo dio, de la que somos herederos, es sólo de cuantos están en gracia de Dios, mediante su propia buena voluntad, en virtud del don que El les ha otorgado.

En otras palabras: La condición de esa paz es que el hombre acepte la Gracia divina; y su limitación, que la rechace o niegue. Y en proporción a la medida de profundidad y realidad con que el individuo acepte a Dios, así tendrá mucha o poca paz. Y en proporción al número de individuos que acepten el llamado de Dios a la Gracia y a la Paz, así ésta les lloverá abundante o limitadamente. No tiene otro límite en sentido ninguno la paz de Cristo. No es paz absoluta como la de Dios y de los Santos. No es siquiera paz jamás nublada de que se goce en la tierra, porque no excluye ni la pena ni el esfuerzo que es lucha. Es más bien paz recóndita. Algo que está adentro de nosotros, y fuera de las vicisitudes de la vida, como reflejo en el espejo del alma de la Visión de Dios que Cristo siempre tuvo, en Sus horas de trabajo y de repo-

so, en Sus jornadas tierra arriba y tierra abajo, cuando enseñó a las gentes, cuando oraba, cuando fue escarnecido, en el Huerto de la Agonía, y delante de Pilato, y en la Última Cena, y en el Calvario.

Algunas veces, esta paz de Dios que sobrepasa toda paz terrenal, desborda de la casa del alma,—el cuerpo,—y fluye de los ojos radiante como una luz del cielo. Esta paz, independiente por su propia naturaleza de toda condición mundana, de toda ansia de inquietud y afán de agitación, tiene poco que ver con la paz política. Cristo dijo: "Mi paz Os doy, no como da el mundo". Por consiguiente no puede ser ocupación primaria de la Iglesia fomentar o propagar otra paz que no sea esta paz interior del espíritu. Hay que juzgar de la misión pacificadora de la Iglesia teniéndose esa circunstancia siempre presente.

La tarea mayor y primordial de la Iglesia es fomentar la Gloria de Dios y la paz de Jesucristo, lo que se hace mediante la predicación del Evangelio, mediante las obras espirituales y corporales de misericordia, y mediante la revelación de los Secretos de Dios. Si los siervos de la Iglesia son enviados a obrar entre hordas de esclavos maltratados y que arrastran cadena, o en medio al polvo y humo y estrépito de la batalla, su primer deber es salvar las almas de los hombres que no los cuerpos—lograr antes que paz política o social la paz en los espíritus.

Tengamos esto en cuenta cuando pensemos en el problema de la paz desde el punto de vista dentro de la Iglesia. Sería a la vez injusto y contrario a una actitud científica en el estudio de esta cuestión—de la obra de la Iglesia y sus resultados para contener la guerra — el querer darle primera importancia a la paz social y política. No cabe duda de que la labor de la paz política no puede mantenerse largo tiempo aislada de la misión de la Iglesia, pero no puede jamás constituir el trabajo más importante que ella se imponga. No por el techo comenzamos a construir la casa, ni crece el árbol primero por las ramas. Comenzamos la casa por la base y el árbol crece de sus raíces hacia arriba. La base y el elemento radical de la paz política es y será siempre la paz de los individuos en sus almas, en sus relaciones con Dios y en las con sus prójimos.

Debiera, ciertamente, haber una gran división de trabajo en la tarea de lograr la paz del mundo. El Estado debiera ocuparse de conseguir la paz política, y la Iglesia la paz espiritual. Las divisiones políticas del mundo le agradecerían a la Iglesia el haberles llevado hombres a quienes sólo les importase y que sólo poseyesen la paz de Cristo. Las naciones podrían entonces edificarse casa en la

que ya no hubiese cabida para la guerra.

Pero, después de todo, la Iglesia tiene que preocuparse de la paz política. ¿Por qué? Porque prácticamente ha de estar estrechamente ligada a la paz del alma. Si se pudiesen mantener intactas en la guerra la gloria de Dios y la paz de Jesucristo, como si fuesen gota de aceite en vaso de agua; si la pureza del alma y la guerra fuesen elementos capaces de juntarse sin revolverse, entonces podría la Iglesia no ocuparse más de la guerra y dejar que sus miembros la aprobasen o condenasen como individualmente les pareciera sin darse ella mayor molestia. Pero la guerra no es cosa que pueda verse indiferentemente desde el punto de vista moral. Es aliada íntima del pecado—las más veces es pecaminosa desde su origen — y quienes toman parte en ella no son, especialmente en los países donde hay servicio militar obligatorio, individuos ajenos a la Iglesia sino que miembros suyos. Son cristianos los arrojados en ese mar de sangre y odio y venganza; son miembros del Cuerpo Místico de la Iglesia los que así se destrozan unos a otros. Por tanto, para la Iglesia, la guerra no sólo tiene una enorme importancia nefasta, sino que en todo lo de la guerra le va parte.

Este punto de vista no preocupó a los cristianos primitivos. Constituían escasa minoría dentro del Imperio Romano, y cuando uno de esos cristianos era soldado, no era usual, ni como para que le llamara la atención, que tuviese que enfrentarse con cristianos en el campo de batalla. Ello no obstante, la guerra era aliada del pecado, y a la Iglesia le sobraba razón para temer que sus hijos perdiesen, por la guerra, no sólo su salud y su vida sino también sus almas. Este era el aspecto negativo de su interés, que la guerra irrumpía en su campo de acción acarreado el pecado en pos de sí. El aspecto positivo era el resultado de sus pensamientos acerca de la paz: No tenía que atarearse más que con el logro de la paz espiritual de sus hijos, pero cuando esta paz interior se hubiese extendido, cuando el Reino de los Cielos hubiese crecido y Cristo fuese más y más el Señor del mundo, entonces y necesariamente la paz del alma habría expansión y la paz universal sería, al fin, el fruto. No sólo habría esa paz en el comienzo, según lo prometido, sino que fe en la paz universal al fin del mundo y al comienzo del Reinado mesiánico de Cristo era parte del contenido del credo cristiano. La primera parte de la promesa ya se había cumplido.

El tiempo y lugar del nacimiento del Mesías, conforme los había dicho Daniel, se habían cumplido: Había crecido la planta de la raíz de José; Virgen había dado a luz a Emanuel sobre Quien el Espíritu de Jehová se había posado—el Espíritu de sabiduría, y de comprensión, de buen consejo y de fuerza, y Emanuel se había manifestado maravilloso, y de buen consejo, y poderoso en Dios. Luego, como también había sido predicho, fue El el Hombre de los Pesares, de todos

los pesares. Las profecías se habían cumplido. Y se cumpliría la del advenimiento de Su reino ¿pero cuándo?

Nadie lo podía decir. "He aquí", había dicho Isaías—**Capítulo XXXII**, — "que reinará un Rey con justicia, y obra de la justicia será la paz y cultivo de la justicia y seguridad para siempre; y se sentará mi pueblo en hermosura de paz, y en tiendas de confianza" (**versículos 1, 17 y 18**). Y Oseas había profetizado diciendo en nombre del Señor: "Y quitaré de la tierra el arco, y la espada, y la guerra, y haré que mi pueblo duerma con toda seguridad" (**Cap. II, v. 18**). E Isaías había dicho también: "Y juzgaré a las naciones, y convenceré a muchos pueblos: Y de sus espadas forjarán arados, y de sus lanzas hoces: No alzará la espada una nación contra otra nación, ni se ensayará más para la guerra". (**Cap. II, v. 4**).

Los primeros cristianos, especialmente sus maestros, los Apóstoles, creían vivir en este Reino mesiánico de la paz. Entrar a nueva era significa dar los primeros pasos en un orden de vida de otro género: En este caso ello es el no perder jamás de vista el carácter pacífico de este Reino mesiánico, y el laborar pacientemente más y más por su realización. La paz interior, como hemos visto, debía ser el comienzo—algo grande y nuevo que sólo Cristo podía dar: Su don mesiánico. Luego seguiría la abolición de la guerra. El logro de esto último no estaba al alcance de los primeros cristianos. Dice Solovieff: "Desde el punto de vista histórico, el cristianismo, una vez que se vio libre por obra de la paz del Imperio Romano, no se ocupó mucho con preocupación cotidiana respecto del problema de la guerra y la paz. El cristianismo, desde luego, condenaba absolutamente todo odio y toda enemistad y, en principio, condenaba la guerra: Pero cortar las raíces no quiere decir que el árbol caerá inmediatamente: Y más aún, los Mensajeros del Evangelio no querían que cayese de golpe, porque sabían que el mundo aún no estaba preparado. Estaba sembrada la simiente de la Fe verdadera, pero pasaría tiempo antes de que germinase y creciese y fuese árbol en cuyas ramas los hombres y las bestias pudiesen ampararse".

Pero, ¿no habían los Apóstoles, cuando menos, escrito contra la guerra y adoctrinado a los cristianos a procurar su abolición? Ello hubiera sido así—no cabe dudarlo—si los Apóstoles, San Pablo especialmente, lo hubieran creído necesario.

No debemos olvidar que las Santas Escrituras, a pesar de su carácter absoluto, eran, en cierto sentido, oportunistas, y, sin duda, en distintas circunstancias, hubieran sido escritas diversamente. ¿Qué habría escrito San Pablo si hubiera tenido confrontándole el espíritu de la guerra moderna y muchos de sus "progresos" como, por ejemplo, los gases asfixiantes? ¿Quién pone en tela de juicio que hubiera alzado látigo para fustigar

OCTAVIO JIMENEZ A.

Abogado y Notario

OFICINA:

125 varas al Este del Almacén Robert, frente a Reimers.

Tel. 4184 — Apdo. 338

gar tal guerra? Cuando escribió no se libraba guerra ni grande ni pequeña. Vivió en la paz romana. El nacionalismo no era político sino que religioso. Los judíos se consideraban, por su descendencia, superiores a los griegos y los bárbaros, frente al trono de Dios, y el Apóstol combatió este nacionalismo.

En cuanto la cristiandad se estableció en Estados y los cristianos por primera vez se vieron cara a cara con el problema de las guerras, se inició un gran cambio. El ejemplo de Cristo, el ánimo de Su Evangelio, la enseñanza de los Apóstoles, llevó a la conciencia de los cristianos la realización de lo contradictorio que son el cristianismo y la guerra.

Esos cristianos sintieron ese antagonismo más agudamente que lo sentimos nosotros, porque frecuentemente la patria y el servicio militar se confundían. Los soldados, después de una victoria, tenían que concurrir con coronas en las sienes, a los sacrificios ofrecidos a dios falso, o tenían que prestar juramento de lealtad a Emperador pagano. Fuera de esto, también, la obra sangrienta de la guerra les pareció a muchos indigna de todo seguidor de Cristo.

Tertuliano, Orígenes y Lactancio fueron firmes opositores del servicio militar. Aunque Tertuliano escribió su ataque contra este servicio. (**De Corona**) cuando ya opacaba su gloria la herejía montanista, no podemos decir que en cuanto a ese punto fuese formalmente hereje, sino que a este respecto muchos miembros fieles de la Iglesia, incluso mártires, pensaban como él. En vez de condenar esa actitud mental de buenas a primeras, haríamos bien en considerar si no concuerda mejor con el espíritu del Evangelio que la actitud mental común y corriente de hoy.

Fray Franziskus Stratmann, O. P.

Viaje a las islas...

(Viene de la página 11)

Y cuando llegan a las islas
truecan por monos sus sortijas,
arde el plumaje de los loros
en los guayucos de las indias.

Grandes mujeres vegetales
y olorosas como caobas,
a la orilla de los manglares
improvisaron sus alcobas.

Frenesí de la tierra virgen
contra aquellos vientres cobrizos,
el grávido estío del mundo
en tropicales paraísos.

Razas nuevas han de nacer
de los velludos navegantes,
hombres que lanzó la mar
sobre las indias rebosantes.

Vierte en tu copa, marinero,
todos los placeres violentos.
En la mesana del velero
la zarabanda de los vientos.

¡Oh aquellas velas desatadas
en los barcos del Ochocientos!

Mariano Picón-Salas

Santiago de Chile, 1932.

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras "NATIONAL"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "BURROUGHS"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "ROYAL"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.

Estampas

*Generaciones mudas son generaciones muertas.
Generaciones tullidas no producen inquietudes.*

= Colaboración directa =

Aconseja Ruskin ir al fondo de las palabras, asegurarse de su significado, sílaba por sílaba, mejor aun, palabra por palabra. Retienen una significación vital profunda (*deep vital meaning*) que acaudala el carácter "en poder y precisión". Si damos con la palabra nueva debemos buscarle su historia y la lengua que la haya creado dirá qué sentido imprimió en ella. Son necesarios los diccionarios etimológicos. El método requiere, naturalmente, una gran devoción por la lectura constructiva.

Oímos pronunciar en una escuela la palabra profeta y pensamos en el consejo de Ruskin. Profeta viene del griego (*prophetes*) y significa uno que habla para otro, o uno que habla públicamente. Es decir, uno que usa su palabra en la función grande de mover el espíritu del hombre. No es otro el sentido de la expresión bíblica: "En el principio era el Verbo".

A juventudes que se educan, pensamos honradamente, hay que librarlas del arrebañamiento. Y arrebañarlas es matarles la palabra. Si profeta es creación del griego que habló para construir en la entraña de su pueblo, el educador no puede ocultar el sentido eterno que la palabra atesora. La escuela dará maestros, dará bachilleres y esta población escolar no debe salir muda. Nunca ha formado el mudo nada grande con su silencio. Los países necesitan gente que hable, porque es la gente que discute, que pide cuentas, que se plantea con claridad los problemas. Generaciones mudas son generaciones muertas. Llevar a quien se educa al silencio es no saber crear hombres.

¿Qué maestros, por ejemplo, formará la escuela que quiere ignorar que profeta y Verbo son una misma fuerza de creación? Posiblemente rumiantes de la pedagogía, raza obediente que sólo marca el paso oficial. Y el maestro no debe coger tal estatura. Ni el bachiller tampoco. Hacerlos obreros para que cumplan funciones mínimas es negarles la órbita que les corresponde. ¿Qué salen a hacer esas generaciones llenas de prudencia, enseñadas a no levantar la voz, a no deliberar jamás? A transigir con todas las desvergüenzas de los listos, a elogiar fariseos que son la pudrición de las naciones.

Lo que hay que estimular hasta el sacrificio es la expresión libre. Profetas necesitan los países, porque, sin gente que hable para los demás, para el espíritu de los demás, no hay deliberación. Y los pueblos caen en todas las perdiciones cuando no tienen modo de distinguir de qué rumbo viene la esclavitud. Hablar para construir. Sin la palabra no se edifica. El Verbo sigue siendo el es-

tímulo fuerte del hombre. Matarlo es nivelar, volver eunuco al profeta. Es natural que enseñar a las generaciones a hablar es obra grande y de responsabilidades. Pero es obra que no debe olvidarse. El silencio no trae complicaciones con el medio. Como no hiere intereses de ninguna clase pasa inadvertido. Se le tolera y se le atrae. Los comodidosos lo saben y tratan de extenderlo.

Hacer profetas es hacer inconformes. El que habla acaba con la paz que sirve para que los listos hagan festín de una nación. El comodidoso lo sabe y pide obreros de la viña del señor. Olvida que obrero puede serse una etapa nada más. Las viñas preparan profetas o no son viñas sino corrales. Al corral va el eunuco, que es el sumiso para quien no hay juicio propio. Este sentido miserable de la viña no debe privar. Si la escuela lo usa para señalar un camino tortuoso, está desnaturalizando sus funciones. Lo justo es que la escuela vuelva inconformes a las poblaciones que se educan. No resulta cosa fácil, porque son grandes las responsabilidades que tiene que asumir. Y a la responsabilidad le tienen miedo las gentes que viven al calorillo de rutinas. Lo mejor para ellas es continuar la tradición de conformidad. Si un país no tiene quien juzgue, quien delibere, la obra de aplanamiento colectivo tendrá su realización. Generaciones tullidas no producen inquietudes.

Pero lo tremendo es que la lucha contra el profeta se extiende como una maldición. Del maestro se hace el rumiante de la pedagogía para que generalice su imbecilidad. Se le quita el Verbo que es quitarle su poder creador. Sufren así quebranto las fuerzas que dan estructura independiente a una nación. Por-

que sin vigilancia no hay defensa. Los intereses de los pueblos tienen que cuidarse constantemente y para cuidarlos hay que hablar cada vez que asoma el peligro, claro o solapado. El empeño de los que trafican con la vida de las naciones es acabar con las voces que no cesan de contar y de censurar. Mientras no haya quién pida visión, quién diga que precisa dar la voz de alto cada vez que una pillería viene desatada, el ambiente será propicio para el juego del traficante.

Obra trabajosa es la de formar gente con voz y por esto la rehusan quienes deben hacerla. A la palabra profeta se le da nada más que el sentido de intérprete que tiene también. Y se le da para hacerla odiosa, para oponerla a tareas más sencillas, al alcance de la colectividad. Es decir, se la aísla y se la quiere volver inaccesible. Pero una aspiración de la gente nueva de cada país debe ser volver esa palabra a su sentido natural y primitivo. En el principio era el Verbo. Esta es la afirmación que debe prevalecer, porque es afirmación eterna. Contiene la enseñanza para la vida que no puede sumirse en la desgracia abatida por un racero igualador. Aprovechándola para que las generaciones se inspiren en ella, harán educadores y gobernantes, obra grande y fecunda.

Aparece esta meditación en la primera entrega de un nuevo volumen de *Repertorio* y por este hecho, nos entra el anhelo de pedir a quienes nos lean un empeño nuevo. *Repertorio* realiza el milagro de sobrevivir y una forma de no malograr ese sacrificio es empeñarnos en crear la inquietud por el profeta. ¿Qué hace *Repertorio* sino obra de profeta? Habla y lleva a todos los confines la prédica y la enseñanza. El empeño nuevo es para que hablemos, para que censuremos como la mejor forma de trabajar por el país. No conquistaremos blanduras, pero no hay que esperarlas en ninguna tarea de sacrificio. Tendremos dificultades que serán muchas veces persecuciones. Mas no desmayando lograremos crear núcleos grandes de gentes que tengan por la nación un amor profundo.

Juan del Camino

Costa Rica y enero de 1932.

BARRANQUILLA, COLOMBIA HOTEL NIZA

Calle San Blas - Frente a "La Tropical"

Centro y cómodo Hotel, cuyo lema es: HIGIENE y MORALIDAD. Magníficos departamentos: bien ventilados. EXCELENTE ALIMENTACION, VARIADA DIARIAMENTE

PRECIOS MODICOS

HOMENAJES

A George Moore en Ebury Street

= De El Sol, Madrid =

En la primavera de 1932 le caían, de pronto, en su retiro de Ebury Street ochenta años, cuatro veces veinte, a George Moore. Cuando Les Cahiers Verts—recordamos entonces—dieron a la estampa la versión de sus "Memorias de mi vida muerta", amputadas en un capítulo, el de "Los amantes de Oresay", un novelista francés se lo encontró en París. George Moore se dolía del capítulo perdido:

—Aquí, como allende el canal, el puritano mustia con su aliento la primavera. Aquí también hay viernes flacos que agrian el vino. Me han cercenado ustedes en la novela lo mejor.

—Sí—le respondía el colega francés—, esa mezcla de Casanova y de Sterne es para paladares de primera.

Al nombre de Sterne un pequeño relámpago brilló en los ojos de Moore. El irlandés se reconocía como heredero de Sterne.

Ha escrito mejores libros que esas "Memorias" que le sitúan en la descendencia del gran humorista como "Esther Waters" o "The Brook Kerith"; pero George Moore se parece a sí mismo más que en ellos en esos otros de libre fantasía, en los que el pensamiento corre ondulantemente entre las cosas que más ha amado. Esos otros son las "Memorias de mi vida muerta", las "Confesiones de un joven", y la trilogía "Ave. Salve. Vale".

En las "Memorias", George Moore habla de sus propios funerales, y se divierte en imaginar su tumba. Desea que sus cenizas sean encerradas en un vaso griego, que "sobre él se dibujen muchachas gráciles danzando".

Estas imaginaciones a los ochenta años no pueden ser menos puritanas. Se



comprende que la edad del novelista haya sido un secreto hasta ahora.

"Mi retrato de ahora—dice el escritor riendo—no es muy diferente del que se hizo Jacques Emiles Blanche, poco después del banquete de la "Revue Independent", en el subsuelo de una tienda de la "chaussée d'Antin".

"Hay que guardarse—le decía recientemente Moore a Maurois—de tener una doctrina, y más aún de vivir una moral. Siga mi ejemplo, y usted, escritor que comienza, no trabaje demasiado. He vivido mucho, y ahora en mi vejez, ¿qué es lo que me queda que sea precioso? El recuerdo de una rosa en un vaso; el de una cara bonita de mujer que tuve, como una piedra preciosa, entre mis manos; el de un cuadro quizá. Hágase usted bellos recuerdos, que es lo que importa".

Por su parte, André Maurois comentaba:

"Partí muy contento de mi George Moore. Es raro que un escritor sea lo que se espera de él. Este no me ha desencantado, y yo le estaba reconociendo. Pasando ante una librería inglesa de la calle de Rivoli, adquirí su último libro, "Confesiones", y pasé la tarde leyéndolo. La forma era todavía más ligera y más original que la de las "Memorias". Una larga conversación sobre la novela, como tema único, con Edmund Gose; una conversación toda ella en meandros, pero profunda y perfumada de un amor verdadero a las grandes obras. Creo que jamás se ha hablado mejor de Georges Eliot, de Balzac, de Tourgueneff.

"En un relato de Tourgueneff encontramos la vida tal y como existe en nuestros propios corazones—triste, inmuta-

ble, misteriosa—; Tourgueneff parece haber venido al mundo con una comprensión perfecta de la vida. No necesitaba aprender la vida con la experiencia. La conocía y en cierto modo tuvo siempre conciencia de que hierve de males y de locuras, de que la moral es un mito y una disertación académica, y de que el artista no puede enseñar sino dando al mundo imágenes de belleza. Ese gran hombre parece haber sabido desde sus comienzos que la vida, tal y como la vemos, no es más que un accidente desgraciado. Quiero decir: la superficie de la vida, porque pocos miran por bajo de esta superficie, que está agitada, llena de extrañas y crueles criaturas, dispuestas a lanzarse las unas sobre las otras; pero por debajo de la superficie, en nuestros instintos, es de una inmortalidad serena, y Tourgueneff sabía zambullirse y leer los dibujos de las sombras que se descubren entre las rocas.

"Ciertamente, esa es la esencia de Tourgueneff—me decía yo cerrando el libro—, ¿y cuál sería la esencia de George Moore? Sería, tal vez, el sentimiento de una voluptuosidad muy fina, nada rabeliana, sensual sin embargo, pero en la que la sensualidad se hace durable y casi eterna".

A dos amigos recordaba hace poco Moore: a Mallarmé y a Yeats. "A los dos les quise en la vida y les quiero más allá de la vida. Quise también de veras a alguno de los hombres que Fantin Latour ha perpetuado en su "Atelier".

Se prepara ahora una visita de amigos del autor de las "Memorias de vida muerta" a Ebury Street. Llegue a este noble retiro el mensaje de nuestra simpatía.

INDICE



ENTERESE Y ESCOJA:

Pío Baroja: <i>Los confidentes audaces</i> .	
Novela.....	\$ 3.50
<i>Pensamientos de Goethe</i>	2.50
Rubén Darío: <i>Cantos de vida y esperanza</i>	3.00
Rubén Darío: <i>Sus mejores poemas</i>	4.00
C. B. Escuder: <i>Elementos de fotografía moderna</i>	1.50
Dr. Manuel Espejo: <i>Lo que debe saber todo diabético</i>	5.00
Joaquín Edwards Bello: <i>El chileno en Madrid</i> . Novela.....	4.00
Félix Frías: <i>La gloria del tirano Rosas y otros escritos políticos y polémicos</i>	4.00
Federico Gana: <i>Cuentos</i>	4.00

Solicítelos al Adr. del Rep. Am.

INDICE



LIBROS NUEVOS RECIBIDOS POR EL ULTIMO CORREO:

Ernesto Morales: <i>Sarmiento de Gamboa, un navegante español del siglo XVI</i> . \$ 4.00	
Waldo Frank: <i>América Hispana, un retrato y una perspectiva</i>	6.00
San Agustín: <i>Confesiones</i> . 2 tomos.....	7.00
Bertrand Russell: <i>Vieja y nueva moral sexual</i>	3.50
F. Engels: <i>Antiduring</i> . (Filosofía, Economía política, Socialismo). Pasta.....	11.50
Max Beer: <i>Historia general del Socialismo y de las luchas sociales</i>	5.00
Edmundo González Blanco: <i>El Sindicalismo expuesto por Sorel</i>	3.25
Waldo Frank: <i>Redescubrimiento de América</i>	6.00

Solicítelos al Admor. del Rep. Am.